

PAGINA ASESINA

Alejandro Cotta

Un terror difuso se extendió por el mundo de los lectores que conocieron la noticia: “En un pueblo de Escocia venden libros con una página en blanco perdida en algún lugar del volumen. Si un lector desemboca en esa página al dar las tres de la tarde, muere.”

Inmediatamente comunidades de científicos de toda Inglaterra, siguiendo instrucciones del Gobierno de Su Majestad, adquirieron todos los ejemplares en el pueblo y empezaron a examinar libro a libro a la búsqueda de las páginas en blanco, sin detenerse a leer los textos. Siguiendo este sistema fueron detectadas algunas. Un ejemplar tenía dos páginas en blanco, otros no tenían más que una con una muy débil impresión, como marca de agua. Eran libros en papel biblia y por ello muy difíciles de examinar página a página sin leerlos. Algunos científicos imprudentes sí leyeron los libros, pero dejaban de hacerlo antes de llegar a la hora fatídica. Sin embargo, algunos becarios, contratados en último momento, leyeron los libros imprudentemente y uno de ellos murió en el acto al llegar a la página en blanco a las tres de la tarde.

Las librerías vieron agotadas sus existencias por los científicos, pero una orden de la autoridades impidió a las empresas editoras lanzar al mercado nuevos ejemplares de aquellos libros. Sin embargo muchos fueron editados clandestinamente y vendidos a altísimos precios, pero resultaron ser “una estafa” al carecer de páginas en blanco. Un periódico sensacionalista publicó en portada que los libros se estaban convirtiendo en el nuevo juego de la ruleta rusa.

La policía detuvo a los editores y los sometió días tras días a constante interrogatorio. La Cámara de los Comunes, tras fuertes debates, que a punto estuvieron de hacer caer al Primer Ministro, acordó prolongar el tiempo de la detención policial hasta dos semanas. Pero ni aún así pudo deducirse responsabilidad por parte alguna en la introducción de páginas en blanco en los textos. Siempre resultaba ser como un error accidental, alguna página que aleatoriamente no se imprimía, nunca era una hoja completa. El lector la encontraba siempre al pasar la hoja, en su reverso, nunca estaba junto a la de la izquierda a la que acababa de acceder, de tal forma que el encuentro con ella era inevitable y mortal. Los interrogados fueron todos puestos en libertad sin cargos con las correspondientes broncas de superiores a subordinados.

Ambas Cámaras tuvieron sesión extraordinaria y decretaron el Estado de Emergencia Nacional mientras, ese mismo día, moría en Polonia a las cuatro de la tarde -una hora menos en el Reino Unido- el catedrático de literatura Hervlak DCRovich, con un libro en sus manos, proveniente de las librerías de aquel pueblo de Escocia, con fecha de edición de sólo tres días antes.

Los servicios de inteligencia británicos tomaron cartas en el asunto y en el martes de la semana siguiente un imponente despliegue militar invadió el pueblo escocés. La lagrimas de los habitantes, los niños que huían por las calles perseguidos por soldados, familias enteras que se aferraban a sus casas, disparos al aire, perros enloquecidos ladrando por las calles... nada pudo impedir que la población entera fuera trasladada en camiones,

con los enseres tomados con urgencia, a una ciudad de carpas que en sucesivos días fue creciendo a cierta distancia del pueblo.

Una vez desalojada la ciudad los zapadores del Ejército demolieron metódicamente todo edificio y en días sucesivos las apisonadoras militares lo allanaron todo haciendo desaparecer cualquier rastro del antiguo pueblo escocés.

Pasó el tiempo y el pueblo, trasladado a su actual emplazamiento, ha ido creciendo. Es un pueblo pacífico, tranquilo, en el que hay de todo, menos librerías y empresas editoriales, hasta el momento.

La semana pasada Ckblaw Torslind, estudiante de filología inglesa, apareció muerto a las cinco de la tarde en la aldea de Wenstoorlang, a cincuenta kilómetros al norte de Estocolmo, con un libro en las manos abierto con una página en blanco en su lado izquierdo.

Un miedo difuso se ha extendido por el mundo de lectores del viejo continente al difundirse la noticia.

Las alas del ángel

Andrea Hernández Mingorance.

La noche era cálida cuando Jayco llegó a Highland. Cargado de maletas y con la mirada perdida avanzaba por las calles mientras todo el pueblo le contemplaba tras los cristales. ¿Quién es ese extranjero? Creo que es médico. ¿Médico? ¿No es un poco joven? .A mi no me da buena espina, va a traer problemas. ¿Ves ese baúl? Pues va lleno de libros, o eso me han dicho.

Jayco se encerró en su nueva casa, lejos de las miradas de todos, no se relacionaba con nadie y durante los primeros días solo salía para comprar comida. Sin embargo, una tarde, cuando las sombras se mecían sobre Highland, unos hombres tocaron presurosos en su puerta. Nadie se fiaba mucho de Jayco pero era el único médico del pueblo y lo necesitaban para un caso de urgencia.

Llevaron al joven médico a la casa del panadero, donde habían encontrado muerta a su mujer. Jayco entró en una habitación cargada de un olor a agrio. El viudo lloraba al lado de la cama evitando mirar a la cara a la mujer que yacía sobre el lecho. El médico se acercó a la difunta mientras los hombres intentaban llevarse al panadero. La mujer parecía dormir placidamente, pero su fría piel y la ausencia de pulso, indicaban que sin lugar a dudas estaba muerta. ¿Por qué ha muerto?, preguntó uno de los hombres que se habían llevado al viudo.

— No lo sé— tuvo que reconocer Jayco

Contempló a la mujer. En su mano extendida todavía sostenía un libro. “Las alas del ángel” leyó en la portada. Durante unos segundos no pudo apartar la mirada de esas palabras. Con cuidado acercó la mano y le arrebató el libro a la difunta. Sin saber exactamente por qué lo arrojó dentro de su abrigo y se levantó. “Ha muerto debido a un repentino ataque al corazón” dictaminó a los hombres que estaban asentados detrás de la puerta.

Después de este episodio, Jayco empezó a hacer visitas a domicilio. Pero la mayor parte del tiempo se la pasaba encerrado en su casa, leyendo con avidez el libro, “Las alas del ángel”, en el cual no podía dejar de pensar ni un solo minuto del día.

Una noche, cuando volvía de hacer una consulta y mientras caminaba por las silenciosas calles del pueblo, oyó pasos a su espalda. Se volvió desconfiado pero solo encontró a un gato callejero que se entretenía con un cubo de basura. Siguió caminando y nuevamente escuchó los pasos. Se detuvo y miró hacia atrás pero no vio a nadie. Cuando iba a volver a echar a andar, percibió una sombra a su lado.

— Jayco

Un hombre había surgido de entre la penumbra y lo miraba ansioso. Parecía temblar bajo las capas de abrigo y se frotaba las manos sin cesar. Jayco lo reconoció de haberlo visto de lejos. Era el señor Kant, el librero de Highland.

— Señor Kant, me ha asustado

— Jayco, debe desprenderse del libro, está maldito

— ¿Qué?

— “Las alas del ángel”, el libro que estaba leyendo la mujer del panadero. Está maldito, por eso ella está muerta. Debe deshacerse del libro, debe hacerlo, debe desprenderse de él, o si no...— el señor Kant hablaba muy rápido y en un susurro apenas audible

— ¿Qué está diciendo?— preguntó Jayco—, ¿es una broma?

El señor Kant negó repetidamente con la cabeza. Escuche, lo que le digo es verdad. Hace muchos años un escritor de este pueblo consiguió publicar un libro, pero estaba loco, y al fracasar la novela se volvió aún más chiflado. Se pasaba los días vagando por las calles gritando que su libro era una mierda y que él era un fracasado. Por pena, me ofrecí a vender al menos un ejemplar de su novela. Él se rió históricamente y accedió. En cuanto puse a la venta su novela, desapareció. Con el tiempo me fui dando cuenta de que el libro tenía algo diabólico en sus entrañas y entonces me llegó una carta del escritor. Me decía que no aguantaba más, que se iba a suicidar y que quería que supiera que la novela que me dejó estaba embrujada, tenía en su interior una página en blanco y si el lector daba con ella a las tres de la tarde moriría. No hizo falta que me dijera que esa profecía se cumplía siempre por lo que escondí el libro. Pero me estaba volviendo loco y lo acabé por vender antes de que la tentación de leerlo me pudiera.

Tras contarle la historia, el señor Kant, volvió a repetir que debía deshacerse del libro. Pero Jayco no le hizo caso. Al día siguiente volvió a sumergirse en las páginas de la novela. Eran casi las tres de la tarde, solo faltaban unos minutos para que el reloj sonara. Cautivado por las letras no oyó los golpes en la puerta y siguió leyendo.

De repente la puerta se derrumbó. Al otro lado el señor Kant, el librero, se frotaba el hombro dolorido.

— ¡Insensato!— exclamó —, si no nos deshacemos de ese libro, seguirá matando

— ¡Déjame en paz!!— vociferó Jayco con una rabia desconocida sin dejar de aferrar el libro

El señor Kant se abalanzó sobre él y le arrebató el libro de las manos. Se apartó rápidamente de Jayco y empezó a pasar violentamente las páginas. Justo cuando empezaron a sonar las tres campanadas, el señor Kant dio con la página en blanco. Sin dudar ni un instante la arrancó con tanta fuerza que cayó al suelo. Jayco contempló impotente la escena, el libro y la página arrancada se empezaron a desintegrar. Entonces miró al señor Kant. Estaba muerto.

SIN CULPA

Marisabel

Lector, te dirijo estas letras para que juzgues. No todos los fines justifican los medios, pero el mío redime y explica toda mi vida. Ahora, después de haber cumplido una sentencia injusta, ahora que voy a entregar mi cuerpo a la tierra, necesito que leas estos hechos ocurridos en mi juventud y digas si no me asiste toda la razón. Nunca he hecho mal a nadie. Soy inocente. Y doblemente inocente del único delito que me achacan.

Aquel día fatídico ignoraba que me dirigía al fin de mi libertad. En la placeta, formada por tres edificios herrumbrosos no se habían evaporado las legañas de la noche. Un cartel en letras góticas corroídas por el relente: *Escocia S&A*, señalaba una librería de lance, oscura y húmeda como barco bacaladero. Busqué la puerta trasera rodeando el edificio y me encontré frente a un acantilado de rocas negras donde rompían olas feroces, Las gaviotas y los cormoranes subían y bajaban entre agudos chillidos metiendo su pico en las aguas. Un cuervo planeaba. Pegué mi espalda a la pared caminando con cuidado para no deslizarme a las aguas profundas. La lluvia azotaba mi rostro. Un buen sitio para pasar alijos o para deshacerse de un fardo incómodo, pensé.

El viejo me estaba esperando. Me introdujo, a través de un subterráneo en una cripta excavada en la roca. Una nave llena de anaqueles de libros se presentó a mi vista. Al final: una zona elevada a modo de presbiterio con una mesa de roble. En ella: cordobanes, buriles, botes de cola y pan de oro. Al frente a modo de retablo una pared llena de facsímiles. A la derecha una antigua y vieja imprenta en movimiento. Llamó mi atención unos paquetes de gran tamaño envueltos en plástico resistente, atados con gruesa driza trenzada de nudos marineros. No supe que contenían. Conforme avanzaba me invadía la sensación de entrar en un santa sanctórum. Oía a pegamento, a tinta fresca y a papel. Siéntese, me ordenó con una cenagosa mirada de pantano. Sus manos luctuosas me extendieron un sobre con dinero. Cuando terminé de comprobar lo guardé en el interior de mi chaqueta y acto seguido me alargó una carpeta. Ésta es su próxima faena. No se desvíe ni un centímetro del plan. Abrí la boca para preguntar algo. No hay preguntas. Todo lo que tiene que saber, los pasos a seguir, están en el dossier.

Era el segundo trabajo que me encomendaba el librero. La mecánica era fácil, la remuneración buena. La única condición: no hacer preguntas. Me dispuse a cumplir el plan: crucé las calles empedradas evitando pisar los charcos. Me calé el sombrero y con el cuello de la gabardina alzado me protegí del viento del norte. Mi boca expelía pedazos de bruma gris que se fundían con la densa niebla. La planta baja del castillo medieval había sido acondicionada como vivienda. Comprobé la dirección. Sí, era allí. Llamé dos veces. Los ladridos de un perro lobo me confirmaron que estaba habitada. Alguien se acercaba arrastrando los pies. Descorrió los cerrojos con un ruido de cadenas: De parte de la librería *Escocia*. Pase, pase, no se quede fuera con éste tiempo. Sobre el velador de la entrada deshizo el envoltorio. A la vista quedó un hermoso facsímil. Las palmas admiradas de sus manos acariciaban las tapas.

Lo abrió por una señal: un separador de fino terciopelo marcaba una página en blanco y allí una nota con la caligrafía de su socio: *Jonás: no creas que ésta página es un fallo de reproducción. Es una copia fidedigna. Como verás es una rareza. Si quieres disfrutar del original te espero en mi imprenta después de cerrar: el día 3 a las 14,40. Fdo. Scourie. Dígale que*

no faltaré. Se lo diré. Ésta es la factura. Humm...De acuerdo...es un buen precio. Fíjese bien en sus rostros. Me había repetido el impresor. Está tranquilo, es mi oficio. Y no se olvide de cobrar el importe del libro, lo contrario levantaría sospechas. Añadió con una sonrisa de acero.

A los dos días volví a *Escocia*. Me celé en mi puesto. A las 14,50 el ojeador acompañó a la víctima hasta el ara. Le dejó pertrechado con una lupa. Inclinado sobre el original de 1.600. Disfrutando con sus ojos de expertos. La nariz de Jonás como la de un sabueso husmeaba el olor de la joya. Absorbía por una sola fosa nasal haciendo un ruido inconfundible. La cabeza reverencial inclinada dejaba a la vista su nuca indefensa. En ese momento apreté el gatillo. El supresor TAC 16 ahogó el estruendo. Mi reloj marcaba las 3. Unas horas después en el silencio profundo de la madrugada, un bulto de unos 70 kilos de peso caía rebotando contra los peñascos hasta el tragadero infinito del océano. De nuevo el cuervo planeaba. Necesitaré su servicio una última vez, pero tendrá que proceder en otro lugar. Usted dirá. Recogerá las instrucciones dentro de un mes. De acuerdo, estaré atento.

Con el billete de regreso en el bolsillo y las maletas hechas, recibí un inesperado envío que contenía una llave y una nota mecanografiada. En ella Scourie me encomendaba con urgencia otra misión. Ésta contenía algunas variantes: no habría entrega previa del facsímil, además pagaba el doble. La mitad por adelantado mediante un cheque al portador. Me apresuré a cobrarlo y aplacé la vuelta. Hice tiempo en la taberna para deshacerme del sabor a metal oxidado en mi boca. El gusto caramelizado de la malta tostada alivió mi garganta convertida en un pozo de tierra seca. Lector, pon toda tu atención: en mi oficio no caben preguntas pero a veces me gustaría conocer los motivos: el móvil de los que me pagan. Yo conozco el mío: trabajo por dinero, soy un profesional y eso me exime. Nunca lo haría por odio. Estoy convencido que la gente que lo hace por venganza no tiene ética. Se carcomen alimentando el rencor, proyectando el día de su revancha, matando mil veces con su imaginación. ¿Quién es culpable: el que ordena la ejecución, o el simple instrumento que aprieta el arma? ¿El hombre de Estado, o el reclutado que obedece? Porque hay muchas formas de matar y muchas razones para matar.

En la noche entré como un furtivo en el sótano. Aguardé agazapado. Una sombra bajó por la escaleta plegable que comunicaba con la tienda. Tres disparos me bastaron. Me acerqué al cuerpo inerte. Lo giré con una patada. Quedé sobrecogido: era el mismo Scourie. En ese momento la puerta del acantilado, que juro que cerré, se abrió. En el contraluz de la claridad de la luna se recortó la silueta espectral de Jonás.

REGALO DE ANIVERSARIO.- Loli Pérez.-

Clara abrió el periódico por la página del horóscopo, hoy la predicción, no era muy halagüeña, se puso la pulsera del mal de ojo y echó la pata de conejo al bolso. Cada día seguía un ritual, nada más levantarse de la cama. Quemaba incienso para ahuyentar a los malos espíritus, ¿era para tener paz? Escondía bolsitas con sal, para la riqueza ¿o era para la salud?, no, para la riqueza eran las moneditas que tiraba por detrás de los muebles y que la chica de la limpieza siempre sacaba, se levantaba siempre con el pie derecho, no pasaba nunca, por debajo de las escaleras, barrer ya no recordaba bien si debía de ser para afuera o para adentro, así que alternaba por si acaso, y todas las semanas le ponía perejil fresco a San Pancraccio para que le consiguiera un buen trabajo. Aún así, no comprendía como la suerte la esquivaba, pese a todos sus esfuerzos.

Julio, su marido, se reía de ella, aunque no abiertamente, pero le fastidiaba que Clara estuviera siempre con el incienso, el perejil, y leyendo hasta altas horas de la madrugada.

Clara sentía ansiedad desde la tarde anterior, que encontró por casualidad, un extraño anuncio, entre los papeles de Julio, sobre una librería en Escocia, donde vendían libros, que con solo llegar a una página en blanco perdida en algún lugar del volumen, el lector moría a las tres, no especificaba si de la tarde o la madrugada.

Días atrás, Julio había hecho un pedido por Internet, y cuando recibió el paquete, lo envolvió primorosamente, y esa noche, víspera de su aniversario, se lo entregó a Clara, él, no creía en esas supercherías. Clara desenvolvió el libro cuidadosamente, aireó las páginas, miró la contraportada, aspiró su olor, y lo abrazó contra el pecho, ilusionada como niña pequeña.

Julio, rió para sus adentros y le preguntó si tenía ilustraciones- Claro que no, bobo- mientras él observaba decepcionado, como lo depositaba sobre la mesita de noche, disimulando, él miraba la última página del "Marca", ella le dio las gracias besándole en la mejilla, la miró de soslayo, con una mueca de desencanto, como disculpándose por el regalo que le acababa de hacer.

Por la mañana, a Clara le sorprendió, la forma en que le atraía el libro, como un imán, veía sus lomos de piel marrón, sus letras doradas, parecía susurrarle: "tómame, ábreme, léeme, te estoy esperando....", así que aunque era temprano para dedicarse a leer, no pudo ignorarlo más y lo abrió, -Sólo unas páginas, no más, y después me pongo con las tareas-se dijo-. Antes de las once y media, tocaron al timbre, insistentemente, colocó el libro abierto bocabajo, sobre el brazo del sofá y fue a abrir la puerta, fastidiada por la interrupción.

La suegra apareció detrás de la puerta con la nariz arrugada, como siempre, -¿qué has hecho de comer, verdura otra vez? los hombres necesitan comidas más nutritivas, ¿es que no ves como están esos rincones?, tienes que echarle lejía, te va a comer la mugre- Traigo la boca seca ¿tienes un zumo?

- No, sólo hay agua fresca, como usted- dijo por lo bajini Clara.
- Seguro que estáis ya sin un duro y eso que no hemos pasado ni del día veinte y por la nevera te pueden correr los ratones, hija- Clara no comprendía cómo la vieja bruja podía hablar tanto, sin pararse a respirar, -Si no fuera por "el pacto de no violencia a las suegras" que tenía con Julio, la iba a escuchar un día...

-Yo con tu edad ya tenía ya a mi hijo criado, trabajaba y mantenía mi casa como un aspe, yo solita, con estas manos- mientras las levantaba al aire y las giraba a ambos lados. -Por cierto, he visto a tu hermano, menudo cuajo tiene, debe ser cosa de familia, ¡así como le va a ir el negocio!- Llegada a este punto, Clara fue para el baño, y se llamó a sí misma desde el móvil, volvió evitando pasar por la cocina, (para no coger el cuchillo jamonero), se disculpó y sale de la casa a toda prisa.

La buena mujer se queda esperando al hijo, sentada en el sofá frente a la tele, con las manos cruzadas sobre el vientre, girando los pulgares vertiginosamente, con gesto de hastío.

Clara no cogió el coche, pensaba que si conducía en ese momento podría estrellarse, el corazón le latía acelerado y una mano invisible le oprimía la garganta, a paso rápido se dirigió hacia la playa, si respiraba profundo, cerraba los ojos y escuchaba el susurro de las olas, seguro se serenaba, miró el reloj, solo eran las doce y media. El camino a la playa solo tenía un inconveniente, desembocaba en una calle estrecha, de casitas de pescadores y había una, más hundida que las demás, que siempre intentaba evitar: vieja, desconchada y con el tejado lleno de hierbas secas, el número trece sobre el quicio de la puerta desvencijada y un gato negro, sentado sobre las patas traseras, escoltaba la única ventana enrejada que se abría desde la oscuridad.

Quiso cambiar de acera con un movimiento rápido pero una moto se le vino encima y la tiró al suelo, y formaron un batiburrillo, motorista, moto y ella. Se levantaron sacudiéndose la ropa, el chico parecía estar bien y mientras levantaba la moto y la arrancaba de nuevo gritaba: - ¡Es que no tienes ojos en la cara! ¿No te enseñaron a mirar a los lados antes de cruzar? ¡Si me llegas a romper la moto, me la pagas!, ¡Y si te has echo daño, la culpa es tuya!- dicho esto, dio varios acelerones y desapareció.

Llegó a la playa, le dolía el tobillo, se quitó el calcetín y la zapatilla e intentó andar sobre la orilla mientras las olas le refrescaban los pies, apenas había caminado cuatro pasos, cuando le falló la pierna y cayó de bruces en la arena.

-¡Dita-Sea!- se le estaba inflamando el tobillo, así que se metió el calcetín e intentó calzarse y salir de la arena, sacudiéndose con rabia, mientras se dirigía hacia el Centro de Salud. Allí la retuvieron varias horas, mientras le hacían una radiografía, había mucho movimiento, incluso se marchó el médico con la ambulancia y ella quedó, sola, en la sala, con su pierna estirada y vendada. Había perdido el teléfono móvil, así que decidió irse despacio para su casa, ya faltaba poco para las cuatro de la tarde.

Cuando enfiló su calle, desde lejos le pareció que la ambulancia estaba parada muy cerca de la entrada de su casa, con la luz giratoria funcionando, un policía municipal, apartaba a los curiosos que se acercaban a husmear, aceleró como pudo el paso cojeando, y llegó con la respiración entrecortada y dolorida por el esfuerzo.

En ese momento sacaban a la suegra, tendida en una camilla, pálida y rígida, con las manos en forma de garra sobre el pecho, Julio blanco, parecía desmayado sobre un sillón, mientras el médico intentaba reanimarlo. Clara miró al suelo, el libro estaba abierto, curiosamente con una página en blanco hacia arriba.

Graciela AStesano.

Suerte

Te dije que tú te pareces a Lola... recuerdo que más de una vez mi mujer, mi adorada Lola, me decía: «yo sé que traigo buena suerte» Y se alegraba por ello, a tal punto que sus ojos azules se llenaban de chispitas...tenía la cara ovalada y la boca bonita rodeada de diminutas y hermosas arrugas que delatan su incipiente acercamiento a los cuarenta, cuando vestía con vaqueros parecía una chiquilla, aunque se esforzaba en ser una señora porque le preocupaba nuestra gran diferencia de edad y lo que pudiera decir la gente, qué más da lo que digan, tú me das tu juventud y yo mi fortuna, cuando oía esto enfurecía diciendo con su voz húmeda y acariciante: yo no estoy por tu dinero. Y si así fuera no has cometido un crimen, olvídate y disfruta, total la gente siempre habla. No alcanzamos a acumular tantos días de felicidad, tan sólo unos ochocientos y veintiuno...en los que mi queridísima suegra Mimí -aunque no lo decía deseaba que yo tuviera algún percance que me trasladara al otro mundo - ambicionaba poder manejar mi fortuna a través de su hija.

Recuerdo claramente aquel día, porque Lola se había cortado su negra cabellera, y eso la aniñaba aún más, estábamos en la librería y me susurró al oído: Arnoldo no compres aquí porque venden tomos con una página asesina, o ¿no sabes lo que dicen? si das con ella a las tres de la tarde te mueres. Mejor le dije, rompe el tedio leer azorado esperando el momento crucial...son tonterías que divulga el dueño para atraer lectores. O para disuadir contestó Lola. Para atraer mujer, quién se va a creer semejante superchería... me miró a los ojos durante unos segundos y dijo: yo no quiero que te mueras. Llevo toda mi vida adquiriendo sus libros y nunca me ha aparecido la dichosa página, dentro de poco llegaré a los ochenta y aún la espero...lee y no temas.

Al otro día era sábado y temprano me fui al club de golf, tenía una reunión con unos amigos y ella dijo que se iría a lo de su madre; después de almorzar, en la sobremesa, nuestra gobernanta me llamó desesperada, la señora no reacciona, está como muerta al lado de la piscina...cuando llegué la vi sin vida, con la piel cenicienta, con una estrecha sonrisa y en sus manos mi libro de Lovecraft abierto en la página en blanco...era mi libro ¿quién eligió a quién...? Yo la había incitado. Era mi página, era mi libro, era mi muerte, te has apropiado de mi final...aún resuenan en mi memoria aquellas palabras: « yo sé que traigo buena suerte...»

—Sí, sí, tranquilo Sr. Arnoldo, no se preocupe.

— ¿Qué pasa Isa?—preguntó su compañera.

—Nada, otra vez está aferrándose con desesperación a esos recuerdos marchitos, lo voy a medicar así no sufre, por lo menos que hoy duerma. Venga tómese esto, sea bueno.

—No quiero—dijo Arnoldo rechazando con fuerza el vaso.

—Venga, hay que tomarlo, que mañana vienen los de la fundación a festejar los ciento un años, y hay que estar contento.

—Triste destino enterrar a todos y quedar prisionero del pasado—comentó su compañera.

— ¡Shhh...! ¡Qué te va a oír!

—Ya escuché -contestó Arnoldo- tráigame un brandy y otra vida de la cual apropiarme...

La alegoría de Cortázar, por Javier Jiménez (Ximens).

A Clara, a los cinco años sin Daniel.

— Buenas tardes, señora, ¿podría ayudarme? Me he perdido —suplicó Clarís a la mujer que se secaba las manos a la puerta de la casita.

— Pasa, pasa, hija, y sécate, que te vas a poner enferma —respondió amablemente.

Sentadas cerca de la chimenea encendida, el socorro se iba transformando en una forma de amistad entre dos mujeres distanciadas en la edad y la cultura.

Clarís tenía 21 años cuando, harta de su forma de vida en Edimburgo, se compró una vieja furgoneta Volkswagen Combi con aspecto hippie y se fue a trabajar a las Highlands. Sus deseos de libertad y conocer mundo se estaban cumpliendo, no así lo de aprender inglés, pues media España había pensado lo mismo y allí se hablaba más el castellano que en sus Montes de Toledo. Quería conocer a estas gentes, su historia y lucha por la libertad, sus costumbres y sus leyendas, y así fue como aceptó un trabajo de camarera en un apartado restaurante de carretera, frente al mar, en medio de la naturaleza, cerca de Appin.

Elizabeth Stewart vivía en aquella solitaria isla al cuidado de su pequeña granja, que la joven aventurera divisaba desde la ventana de su caravana. Su casa era, además la farmacia, estafeta y librería de aquellas tierras que nadaban en el mar.

— ¿No serás escritora? —preguntó Elizabeth con una sonrisa en los labios.

— No, solo lectora —respondió Clarís alegremente.

Pasaron un agradable rato hablando hasta que la ropa de Clarís estuvo seca, tras lo cual, aquella mujer cercana a los setenta años, con un vestido estampado con flores y su simpático sombrero con redecilla, le propuso ir en busca de su bicicleta.

Más tarde, montadas en una desvencijada camioneta, le contaba jocosamente que, hacía muchos años, un escritor argentino también había recabado información y que desde entonces no había vendido ningún libro de su pequeña biblioteca.

— ¿Qué hay de cierto en aquella alegoría? —preguntó Clarís, conocedora del breve relato *La página asesina*.

— Lo que en todas las leyendas, son verdades aunque no hayan pasado —respondió Elizabeth—. ¡Mira, ahí está tu bicicleta perdida! Esta isla es tan pequeña que conozco cada trozo de tierra y paisaje.

Antes de montar en el ferry que la llevaría a Appin, Clarís le dio un beso a la anciana, un pañuelo palestino y la promesa de volver para que le contara el origen de la historia.

Clarís tenía estacionada la furgoneta que le hacía las veces de vivienda en una gran pradera a pocos metros del restaurante. Mirar al mar, a las montañas del horizonte, a los cielos, esos cielos escoceses!, a los restos de una fortaleza que se divisaba en medio de una isla en forma de tortuga, leer y soñar, y escuchar las palabras que el viento le traía, eran las actividades que realizaba en su tiempo libre. Y caminar. Caminar por el brazo de tierra que unía, con marea baja, la costa con la isla del castillo, acompañada por libros de Stevenson y las leyendas de estas tierras desoladas.

Una tarde se internó en el bosque hasta el punto elevado al sur de Ballachulish, localizando el roble que hizo de cadalso del joven James Stewart y, abrazada a su tronco, estuvo leyendo sobre el suceso que dos siglos antes había ocurrido en la región: el Asesinato de Appin.

— ¿Por qué a las tres de la tarde precisamente? —preguntaba días después a la agradable Elizabeth.

— Fue la hora en la que su alma ascendió para pedir la justicia divina —le respondía la anciana mientras preparaba un delicioso té.

Todos los miembros del clan de los Stewart sabían que James no podía haber disparado aquella pistola libertadora, pues era un poeta, le contaba mirando las nubes rojo fuego del horizonte. Y juramos silencio, pues daba lo mismo quién disparó... Aquel “Zorro Rojo” debía morir por su ambición y sus traiciones, era el responsable de la matanza de nuestros jóvenes, del robo de nuestras tierras, y el precio de su muerte era la vida de uno de los nuestros.

— Hace dos días estuve en el bosque y los pájaros me hablaban, me decían que la verdad estaba escrita en el paisaje —le decía Clarís tomando las manos de la anciana.

— Y ahí debe permanecer —respondió Elizabeth acariciando el pelo negro de la forastera.

— ¿Ese es el libro que se vende? —preguntó admirada la joven buscadora.

— Quien viene aquí a conocer la verdad está comprando ese trozo de la historia. Mis palabras son el viento, y quien las oye las lee. Por eso, aquel que escucha mis recuerdos con la intención de desvelar los secretos guardados por generaciones traiciona a los hombres de las tierras altas... y muere en nuestros corazones.

A continuación la anciana le relató cómo el cuerpo del joven James Stewart fue recuperado de la horca por sus hermanos, una noche sin luna, y cómo le echaron tierra en un lugar secreto.

— ¿Y es verdad lo que dijo James en el juicio? —preguntó Clarís emocionada.

Durante dieciocho meses pusieron guardias al cuerpo ahorcado para evitar su enterramiento, contaba Elizabeth, mientras una lágrima manaba en sus ojos. Y profetizó antes de morir que, en prueba de su inocencia, no crecería la hierba en su sepultura.

— ¿Esa es la página en blanco? —preguntó admirada Clarís.

La anciana, agarrando las manos de la joven curiosa, le dijo:

— Se hace tarde, jovencita, y ya has leído suficiente.

Un mes después, finalizado el verano, cuando Clarís movió su autocaravana, una calva de tierra sin hierba quedó al descubierto. La miró sonriente y... guardaré tu secreto, James.

Madrid 11 de marzo de 2009

MALA SUERTE

Por José Aguilar

Sí, podría pensar que fue mala suerte, pero para eso tendría que poseer, al menos, la cualidad de lo evitable, la posibilidad de un acierto. Pero no fue así, no hubo salida, eso lo sé bien ahora. Las supersticiones, las trampas, tienen esa rara forma de atraerte, como los baches del camino atrapan a la bicicleta, dirigen la rueda y el manillar se vuelve rígido, inmanejable. Lo ves y ya sabes que caerás en el hoyo, en cualquier caso. Y, sí, ahora puede parecer tan fácil como evitar el hueco de la escalera, o no abrir el paraguas dentro de casa, o cerrar las tijeras que alguien dejó abiertas como una premonición, sobre la mesa. Sí, parece sencillito, pero eso era antes, cuando el gato negro aún no había cruzado mi camino, cuando la sal no se había derramado, cuando yo aún estaba vivo.

Yo podría escudarme en que nunca me gustó viajar, en que nunca fui un creyente en la mala suerte, en la superstición. Defenderme de los acontecimientos, aunque sea tan estúpido, aunque ya sea tarde. Pero Marta siempre insistía en aprovechar cada fin de semana, cada día libre, en viajar. Ella había visitado tantos lugares y yo le decía, que, entonces, precisamente por eso, tú ya has estado en Escocia, pero no importaba, en eso también era insaciable: países, ciudades y lugares que coleccionaba como anécdotas, recuerdos. Como sus otros hombres. Y ahora, nuestro viaje a Escocia, Marta con su nuevo hombre, eso esperaba yo, en Aberdeen. El año pasado fue Roma, y fue Marco, el publicista, y hace dos Buenos Aires y Roberto, del que tanto continuaba hablando, tenías que haberlo conocido, ese acento, la galantería, lo había leído todo, había viajado por todo el mundo, cómo cocinaba los ñoquis Roberto. Pero ni el publicista ni el tipo de los ñoquis estaban ya, había que desplazarlos de su memoria, de la conversación, ahora era mi tiempo, nuestros viajes: yo era la siguiente media naranja para el zumo, y esperaba mi turno para ser acariciado por esas manos que hasta ahora se me resistían, las manos que siempre sonreían, que se movían como brujas locas alrededor de la luna de sus ojos negros, y ahora revoloteaban de nuevo en ese pub oscuro como las nubes de las que nos habíamos refugiado, frente a nuestra cerveza tostada y la media docena de ostras. Allí Marta hablaba de dioses celtas, de fantasmas de nobles emparedados en los castillos, los aparecidos de los páramos, las leyendas de Inverlochty. Mientras tanto, la lluvia, del otro lado de la ventana, parecía atacar en todas direcciones a los escasos paseantes que pretendían seguir su camino. Marta hablaba y hablaba y sus labios casi a la vez sorbían las ostras y apenas tocaban la espuma densa y amarga de su cerveza, que yo entonces apuraba después de acabar la mía, esperando, deseando acabar, deseando que esta noche, por fin, esta noche podría ser, envuelto, devorado por sus mentirosos labios que seguro sabrían a mar y a regaliz.

Escocia no es un lugar apacible y menos al final de enero. Yo, sin embargo, acepté acompañarla pensando en la oportunidad de que el clima y la imposibilidad de disfrutar del paisaje nos retuvieran de hotel en hotel, cambiando ciudades que apenas si visitaríamos, mejorando mis posibilidades de acostarme con ella, asustada por los caminos que la niebla y la lluvia convertirían en un túnel largo y blanco. Y así fue, recién desembarcados del aeropuerto, el día que ahora tantas veces repaso, ya nos refugiamos en aquel pub de Aberdeen. Aún no eran las dos de la tarde y la poca luz que dejaban pasar los nubarrones anunciaba una noche larga de frío y lluvia, quizá incluso nevara, algunos detalles se me escapan. Ahora el clima no es ya un inconveniente para mí, ahora yo soy parte de esa niebla.

Sin embargo, aquella tarde, dentro del pub, el ambiente era cálido, la música suave, siempre con ese sonido de flauta revoloteando de canción en canción, las melodías cargadas de nostalgia, amor no correspondido, despedidas. Nosotros éramos los únicos turistas sentados en el abarrotado lugar donde los clientes vociferaban, cantaban y reían, bebían como si la cerveza o los amigos o la vida nunca se fuera acabar, como esta lluvia. Recuerdo que las ostras se habían acabado ya hacía rato y Marta seguía hablando, intentando convencerme de las fiables pruebas de que los ojos de los decapitados en la guillotina siguen viendo todavía una fracción de segundo después de separarse del cuerpo, de que aún son capaces de dedicar una última mirada a la chusma que aplaude, al verdugo, al Lord usurpador de sus tierras, al próximo amante de su mujer, de llevarse así esa última imagen como un recuerdo persistente, la esencia de la eternidad, el odio que alimentará al fantasma del decapitado cuando después visite, exacto y terrible, cada noche, al luego envejecido y enfermo ladrón de sus propiedades, al ingenuo que se cree vencedor sólo porque en ese instante está vivo. Y cuando me contaba eso fue cuando noté aquel aire helado por debajo de la mesa, cuando se abrió la puerta del pub y entró un hombretón envuelto en un abrigo oscuro plagado de gotitas que brillaron apenas por un momento antes de convertirse en un espeso vapor, en niebla, justo cuando se volvió, se retiró la bufanda y nos miró.

Ahora, claro, recuerdo algunos detalles que entonces me pasaron desapercibidos, las pistas que me obligaron a seguir el camino que lleva a convertirse en un fantasma, el magnetismo con el que se reviste la mala suerte. Recuerdo el acento escocés del hombre, aquellas vocales graves que contrastaban con mi inglés académico y el *cockney* que Marta gustaba exhibir, las excusas del hombre para sentarse a nuestro lado, las que ahora me suenan tan falsas, las que intentaré repetir cuando llegue el momento. Seguro que hubo más conversación y más cerveza o algún whisky. Pero ahora sólo importa el librito que nos enseñó, el mismo que desde entonces llevo encima, como una maldición, sus hojas amarillentas y las tapas ajadas de cuero, las extrañas señales de tinta, los símbolos indescifrables, las marcas en las hojas. Este libro pequeño y eficaz como un anzuelo, *el libro de los amantes de la isla de Harris*, así nos lo presentó, aunque tal vez sea falso, tal vez ellos fueran, como fuimos nosotros, como sería el que entonces animara, desde su interior, al hombretón, sólo uno de tantos inquilinos de sus hojas, habitantes transitorios del libro maldito que se escribe solo, diferente, de nuevo, cada día, mientras parece que reposa cerrado junto a la cabecera de tu cama. Este libro que revela los antiguos secretos que aumentan el placer de los amantes, que desnuda los orígenes del deseo y asegura el dominio de la lujuria, que será para ti, para siempre, una yegua obediente, domada, tu esclava, el libro que contiene las descripciones de las Antiguas Formas Ocultas, los filtros, las instrucciones para construir El Objeto, el relato del placer extremo del apareamiento en las orillas de los lagos, en las Tierras Altas, donde los amantes son envueltos y penetrados por serpientes ciegas y arrullados por una brisa siempre caliente, como un aliento. Y, por supuesto, la superstición, el contrato firmado con sangre. No, no os preocupéis sólo hará falta dinero, es una forma de hablar, la maldición anclada al libro, lo que nunca debe ocurrir, la página en blanco que cada día cambiará de lugar dentro del libro, la página a la que no tienes que llegar nunca a las tres de la tarde, el preciso momento en el que no hay que continuar leyendo, aunque el penúltimo secreto del libro esté a punto de desvelarse, justo a la vuelta de una de sus viejas páginas, exactamente cuando más lo necesitas. Porque la

página en blanco supondrá tu muerte si advertido quedas, la encuentras a las tres, poseído por el deseo de conocer, la maldición que el primer esposo traicionado dejó, eterna y sutil, como un espectro, entre sus páginas, la que su bella esposa, nos contó, había encontrado, hacía tanto pero exactamente a las tres de la tarde, desnuda e insaciable sobre las blancas sábanas de lino. Y, mientras Marta pagaba al hombretón sin ni siquiera detenerse a contar los billetes, quizá no vi la mano sucia con la que los recogía, la misma que ahora veo escribir esto para entretener la espera, tampoco la sonrisa que seguramente se dibujaba bajo su barba pelirroja. Sólo pude advertir la mirada húmeda de Marta, su certeza de que el viaje había concluido, que habíamos encontrado el Grial, la piedra filosofal del deseo que nunca se marchitaría.

Ahora tengo tanto tiempo para recordarlo, esperando que Marta aparezca otra vez por aquí, por estas tierras remotas y frías, que atraviese esta niebla en la que me he convertido, acompañada por su nuevo amante, tal vez sea dentro de mucho, tal vez lo demore como quien deja el último trozo de chocolate en la caja, sabiendo que siempre va estar allí, esperando que el apetito se despierte de nuevo, que sea otra vez lo suficientemente intenso, que ya se haya olvidado del hastío, del hartazgo, del empacho. Imagino que ella esperará que se hayan difuminado las imágenes de mis ojos tan abiertos, que se haya calmado su ansia, la irritación, las heridas, el dolor del deseo desatado, incontenente. Cuando Marta y su amante aparezcan, él creerá, como creí yo, que Aberdeen es casual, que la conversación es absurda y Marta fantástica y hermosa y que la lluvia y la oscuridad, claro, es Escocia, es la habitual, y que no era tanta la cerveza. Yo, envuelto por mi cuerpo de fantasma viejo y pelirrojo y sucio, le venderé de nuevo el libro maldito, la mala suerte, el libro que me encerró y a él también le encerrará en este cuerpo enorme y sucio en el mismo instante en el que Marta le exija, como a mí, averiguar otra forma más, traspasar la siguiente frontera y aumentar su placer, y deshacernos y disolvemos otro día más, esperando que la página en blanco no aparezca, no ahora, por favor, aunque sean las tres, qué más da, si eres tan hermosa y sigues moviendo así las manos, no pares, ahora no, ya sigo leyendo, bruja.

Jose Hoyuelos

En un pueblo de Escocia venden libros con una página en blanco perdida en algún lugar del volumen. Si un lector desemboca en esa página al dar las tres de la tarde, muere. Allí lo saben hasta los perros. Pero Antonio Escolapio recién acaba de llegar. Con el equipaje justo y en la cabeza bullendo un par de ideas que, sin duda, le ayudarán a eludir el ultimátum de su editor. En dos semanas va a tener rematado su Diccionario de las Prebendas. No queda otra.

Pero antes de ponerse al tajo, decide reconocer el territorio. Baja al vestíbulo del *Uaine Cù*, un hotelito venido a menos, que en su día fue palacete de un paniaguado de los Estuardo. No logra hacerse entender por el soñoliento recepcionista. De poco le iba a servir allí su inglés de academia. Así que se lanza a la aventura, sin más brújula que su antojo. El relente de la noche le sorprende de nuevo. "Las *Highlands* son preciosas si vas con la ropa adecuada", le advirtió Laura. ¿Pero cuándo había hecho caso él de sus consejos?

Camina por calles de adoquines hasta desembocar en una plaza casi dormida. ¿Casi? Sí, sólo dos luces (y aún éstas mortecinas) delatan la presencia de vida. Tras la verja cerrada de la tahona y en el altillo de que lo parece una librería.

- *Good morning, madam. Is it opened?*

- *Com'in, com'in. Ciamar a tha sibh? Always it is opened here. Com'in.*
Y, claro, va él y entra.

"¿Dónde estás, Antonio?, ¿dónde te has metido? Que ya va para dos meses desde que te fuiste. Y ni una llamada, ni una noticia. (...) Y no entiendo tu silencio. Si no nos iba tan mal. Que todas las parejas tienen sus roces y sus altibajos. Es la convivencia, cariño. Y ya sé que me pongo pesada, que siempre digo lo mismo, que hablando se arreglan las cosas. Pero es que no te puedes hacer idea de cómo me siento. Y luego están los niños, Antonio. Yo ya no sé qué decirles. Y no paran de preguntar que cuándo vuelves. Y tampoco sé que contarle a Carlos. No pasa un día sin que llame. Y está que trina. Que eres un malqueda. Que te va a matar. Que no piensa adelantarnos ni un duro más. Si es por eso, no te preocupes, mi amor. Vuelve, que hay editores a patadas. Y tú ya tienes un nombre. Ya nos apañaremos, cariño. (...) Yo es que ya no sé por dónde buscar. En la embajada hasta dudan de que sigas allí. Pero yo les digo que consta. Que en la lista de pasajeros estaba tu nombre. Que me enseñen otra en la que ponga que has salido de esa tierra de locos. Que no me fastidien. Si ya te lo avisé, que nada más llegar telefoneases para decirnos donde te alojabas. Pero nunca has sido tú de llamar. Y así, claro, ahora ¿dónde te busco?, ¿por dónde empiezo a buscarte, mi amor? Si se me hacen muy grandes las dichosas *Highlands*. Y es que además, yo ya no sé. ¿Y si al final te dio la revolera? Mira que te conozco. Que eres muy de ímpetus. ¿Y si al final pensaste que mejor tirar para el sur? Tú y tus dichosas prebendas. ¡Hala! A la búsqueda de las musas. Pero si las musas no existen, mi amor. Si te lo he repetido mil veces. Yo ya no sé si lo haces para darte importancia. Y no te enfades, cariño. Sólo lo digo porque no te puedes ni imaginar cómo me siento. (...) ¿Dónde estás? ¿Qué te han hecho, mi amor? Si ya te lo advertí, que están chiflados. Locos de atar. Y encima borrachos. Con su monstruo del lago Ness y esas leyendas disparatadas, siempre a vueltas con sus historias para no dormir. Es que son capaces de todo. Lo mismo es por el gùisqui ese que fabrican, que se vuelven así de majaras. Pero conmigo no

van a poder. No saben cómo soy yo cuando me pongo. Y si hace falta, me voy para allá y no dejo piedra sin remover. Pero es que no sé qué hacer con los niños. Ahora están con exámenes. Julia dice que se queda con ellos el tiempo que sea necesario pero es que a Julia no le hacen ni caso. Y a tu madre tampoco. Además, tu madre está aún peor que yo. Con las pastillas todo el día. No hay más que fijarse en su cara. Yo no sé si le va a dar algo. ¿No lo ves, Antonio? ¿Pero no te das cuenta de lo que nos estás haciendo? No, no te enfades. Si seguro que tendrás motivos suficientes para no llamar. Si seguro que si no llamas es porque algo te lo impide. Pero llama, mi amor, llama en cuanto puedas. Que yo no sé si voy a poder aguantar mucho más esta situación.

Te mando miles de besos, mi amor, y de los niños también pero es que ahora están dormidos.

Tu Laura”.

Ya son media docena las cartas que esperan en un apartado de correos de Edimburgo. Nadie se ha pasado a recogerlas pero eso es algo que al encargado del reparto no le preocupa. Con gesto rutinario, lanza el último envío, uno más al montoncito.

Mientras, es de noche en la plaza de un pequeño pueblo al norte de Escocia. Sólo dos lánguidas luces delatan presencia humana. A los pies de una verja, un perro sin raza atrapa el aire impregnado de olor a pan recién hecho. El perro, cada poco, mira en dirección al otro lugar iluminado, la ventana que queda justo encima de lo que parece ser una librería. Y en esa ventana, el chucho ve dos siluetas, que, de cuando en cuando, se abrazan.

Jose Hoyuelos. Burgos, 10 de marzo de 2009.

EL LIBRO MALDITO-José Avila Forero-

Después de caminar largo rato por los terrenos de la propiedad, la mujer y su marido llegan sudorosos, con la mirada puesta arriba en la cima y ese árbol bajo el cual se tiran en el piso fresco, húmedo, para así permanecer desmadejados, hasta que la respiración recobre su ritmo normal y entrar a la sala con muebles y cortinas que aun guardan los recuerdos y los olores de los abuelos, en donde se refugian, con un dejo de nostalgia, una pareja de vejetes sanos, que se gozan los últimos años haciendo lo que más les gusta: leer y escribir. La casa está situada sobre una pequeña colina desde la cual se divisa la ciudad, en la entrada, detrás de la amplia puerta de madera rústica, permanece una mata de sábila como manto de protección contra los espíritus malos. Más allá, el valle del inmenso río Cauca y en el fondo los cerros tutelares de los andes, tierra de cóndores, coronados para esta época, de grandes nubarrones negros tiñendo el cielo melancólico de un color gris pizarra._

Entre habitaciones fabricadas con troncos de madera, el tiempo transcurre lento en la misteriosa biblioteca, los duendes y fuerzas extrañas que habitan sus páginas, contribuyen a darle ese aspecto lúgubre y pesado del ambiente. Libros y primeras ediciones congestionan los estantes de caoba. Sus lectores utilizan anteojos con vidrios gruesos como fondo de botella, escriben con lápiz desde el tiempo en que nunca pudieron utilizar el ordenador. Gozan de fina preferencia por las lecturas: él prefiere trasegar por los terrenos de la historia, las culturas del Nilo, el negro que llegó a faraón y las rutas del comercio de los esclavos; a ella, le encanta caminar por insondables terrenos sobrenaturales, también se ha dejado encandilar por la hoguera de la inquisición, las brazas incandescentes de los manuales para torturar brujas y el látigo y los flagelos a los herejes por Torquemada.

Se conocieron de pura casualidad. La había invitado a un concierto de música del Caribe. La muchacha llegó con el cabello desparramado al viento y cuerpo de bailarina de mapalé, él, con pelo brillante y copete a lo Elvis Presley, zapatos puntiagudos, camisa blanca, corbata negra, delgada, al estilo italiano. Entraron a la función, el baile y que me gustas mucho y los besos que vienen y las caricias que van, una mano que baja por terrenos prohibidos y el tema de los te quiero nunca terminó. Con los años, los hijos y que nos independizamos por rumbos diferentes, entonces vivieron lejos del mundo, allá arriba, en una casa de campo, para respirar vientos amigables.

Aquella chiquilla en flor, cincuenta años después, es una mujer madura y está leyendo con las gafas puestas en la punta de la nariz un voluminoso libro forrado en pasta de cuero envejecido, bordillos relucientes como el oro, mil ochocientas páginas amarillentas que contienen en la parte superior de la portada el título «Religión y magia en los tiempos oscuros», no reseña el nombre de su autor, se presume está en la parte inferior, refundido en una especie de símbolos egipcios o claves de la época de los templarios: Un pájaro con un círculo sobre su cabeza, una serpiente y figuras geométricas en alto relieve, rombos, cuadrados y líneas en zigzag.

Desde hace varios días lee el libro que la tiene estampillada contra la poltrona mullida en donde ha permanecido. Pero lo que más le causa intriga, es que aumenta de peso, un poco antes de las tres de la tarde, a esa hora, pareciera recobrar vida propia, cambia levemente el color de sus páginas de amarillo pálido a verde fosforescente, al mismo tiempo que eleva su temperatura. Pero hoy todo es distinto, siempre a la misma hora, la temperatura del libro ha subido hasta volverse insoportable, la mujer mira perpleja a su marido, blanquea los ojos, arroja el libro contra el piso, se

toma la cabeza con las manos, da un grito, salta de la silla como impulsada por un resorte. El viejo, la abraza y mi viejita linda, le soba la frente y que te calmes, hasta que cae en un profundo sueño. En algún estante, en el sitio en donde hace años nadie consulta un libro, una araña teje sus redes.

Al día siguiente, preocupada, busca en los listados de los archivos y allí lo encuentra: «F50.001, Religión y magia en tiempos oscuros, 1.800 páginas». En la parte de abajo de la hoja una nota escrita por el puño y letra de su abuelo: «Libro adquirido en un lejano pueblo de Escocia famoso por vender libros raros, por mi amigo Tom Mclausand, quien me lo obsequió». Siguiendo la misma rutina de todas las mañanas, después del paseo matinal, de nuevo, la mujer lee aquel libro que le ha traído otra historia con sus textos a manera de premoniciones. Arriba, desde el rincón más oscuro de un árbol, una lechuza duerme.

Sin haber podido aclarar el origen del libro, consulta a la negra Candelaria experta en santería cubana, yerbas machacadas y brebajes y a Ruperto Mena descendiente de africanos, conocedor del vudú haitiano, muñecos de trapo y fotos de desamores traspasados por alfileres. Ambos coincidieron se trataba de espíritus que vagan por el mundo cumpliendo sus penas. Pero la que sí dio mayores luces, fue Azalea de las Mercedes, nacida y criada en una carpa de circo bajo influencia gitana; con un pañuelo amarillo cubriendo su cabeza, numerosos collares colgados en su cuello y vistiendo pollera multicolor, se ha ganado el sustento practicando el arte de la cartomancia y quiromancia. Recordaba a su abuelo haber vendido un lote de caballos árabes por dinero y un libro que había causado desgracias a su etnia, dijo que el libro contiene una página en blanco perdida en algún lugar del volumen. Si un lector desemboca en esa página al dar las tres de la tarde, muere. Agregó además, que eran unos textos antiguos procedentes del rey Salomón. Ni siquiera se atrevió a tocarlos y tienen que deshacerse de ellos quemándolos.

El que no estuvo de acuerdo con los conceptos emitidos por los expertos en fuerzas extrañas fue el padre jesuita Antonio María De la Peña, quién se fue lanza en ristre vociferando pestes contra la ignorancia y creencias de pendejadas, tampoco estuvo de acuerdo en condenar a la hoguera semejante obra de arte. Pidió prestado el libro para llevarlo a la biblioteca del seminario mayor, igualmente hizo un borrador consulta para su grande amigo y compañero de aventuras Antonio Cabanas a las Palmas de Gran Canaria, egiptólogo apasionado, conocedor de ladrones de tumbas y conjuros de faraones. Mientras tanto, la biblioteca permanecía silenciosa, guardando en su interior lecturas milenarias acumuladas en sus estantes.

Inquieto el viejo, al ver el rostro de su mujer, pensaba: A estas alturas con tantos almanaques recorridos, poco importa un pedazo de libro viejo y aquellos tiempos pasados: La búsqueda de tranquilidad y equilibrio espiritual, bebiéndonos el último sorbo de la vida y ahora el rollo y la película montada por un libro que no vale la pena...El timbre del teléfono celular despertó al viejo de sus meditaciones y añoranzas, del otro lado, la voz de Sor Teresa quien desde el seminario conciliar y que el padre Antonio María ha descansado en la paz del señor, que dios lo tenga en su santo reino. También dijo que fue el día de ayer, viernes santo y murió repentinamente de vejez, según dijeron los médicos y agregó además, que fue a la hora nona, la misma en que crucificaron a Jesús.

El brebaje de los pictos.

(by Lula Fernández)

Ya lo he explicado mil veces. No soy un asesino. Mi defecto, si se puede llamar así, es que me gusta jugar, robarle naipes al Destino en lugar de esperar pacientemente a que sea él quien los distribuya. La primera vez no fui yo, fue, como le digo, el Destino. Aquel hombre llevaba una temporada en el pueblo, sabrá usted que queda muy cerca de Skara Brae, y, cada mañana, se iba a estudiar las ruinas célticas. Un maniático. No entiendo a esta gente, perder el tiempo en desvelar el origen de los pictos, las incursiones de los vikingos, pasar las horas muertas observando las cuatro piedras que llevan ahí 6.000 años y no sirven para nada... Ellos sí que están trastornados. Bien, pues por la mañana se iba a perder el tiempo en las ruinas y, el resto del día, lo pasaba en la biblioteca.

Aquel día llegó como de costumbre, me pidió un libro y se sentó a consultarlo. Eran más o menos las tres de la tarde cuando perdió el conocimiento. Las personas que estaban allí se acercaron a socorrerle, igual que yo. Se repuso enseguida, pero, a la mañana siguiente, supimos que había muerto unas horas después de abandonar la biblioteca. Todo fueron preguntas y comentarios y alguien recordó que se había desvanecido a las tres sobre un viejo volumen que, por error, llevaba una página en blanco. Y hasta ahí llega lo que, por así decirlo, pertenece a la decisión incontrolable del Destino.

El resto es obra mía, producto de mi carácter juguetón, ya le digo. Unas semanas después se presentó en la biblioteca un forastero, me comentó que era hermano del fallecido y me pidió el dichoso libro. Eran las tres. Tomó asiento y rápidamente pasó las hojas hasta que llegó a la página en blanco. Se quedó fascinado mirándola mientras le rodaban por las mejillas unas lágrimas gordas como uvas. Por alguna razón aquel hombre quería revivir en su propia persona los últimos momentos de su malogrado hermano, hasta parecía que deseaba ir en su busca. No pude controlarme, salí a la plaza y regresé con un puñado de musgo, ese que crece en la umbría de las piedras. Sí, en el pueblo sabemos que es venenoso, pero no le damos importancia, se trata de nuestra flora autóctona. Eché el musgo en la botella de scotch y todo tomó un extraño color de endrina. Cuando me devolvió el libro le reiteré mis condolencias y le invité a mi pequeño despacho. Le ofrecí un vasito. Le dije, ya lo sabe usted, como a todos, que era una bebida antiquísima de origen picto, verdadera uisge beatha (agua de vida), que nuestro pueblo había sabido resguardar celosamente del paso del tiempo. Imagínese, aquel hombre se tomó el licor con tal deleite que parecía que estaba bebiéndose los mismísimos jugos corporales del emperador Adriano.

En fin, murió por causas desconocidas antes de que le diera tiempo a salir del pueblo.

Lo demás son repeticiones de la misma historia. Un tipo llega a eso de las tres, pide el libro, localiza la página en blanco y la contempla extasiado. Luego me lo devuelve y amablemente le invito a una copa de un licor picto del que sólo en nuestro pueblo se conoce la composición. Se la bebe fascinado y cataplús, al rato se queda como un pajarito.

¿De veras cree usted que soy un asesino? Lo asesinos son ellos, asesinos de sí mismos. ¿Cómo puede entenderse que, sabiendo lo que ocurre, no cese este goteo interminable de personas que vienen hasta aquí para meterse en la biblioteca a las tres y piden el libro de la página en blanco? Esas personas desafían a la muerte, vienen a conocerla. Eso sí,

hay que reconocer que logran un final más misterioso que si se arrojaran al vacío desde unas peñas, pero no por eso dejan de ser unos suicidas.

Si usted y toda esa panda de policías y reporteros tuvieran el menor sentido de la Justicia, me acusarían, todo lo más, de haber ayudado a morir a unas personas que así lo deseaban. Pero jamás de ser un atroz asesino, ni un perturbado, como ha dicho la prensa.

Y le digo más, usted a mí no me parece un juez tan perspicaz. La culpa fue de aquel periodista metepatas, que nada más salir de la biblioteca llama a su redactor y le cuenta que lo de la página en blanco es una tontería y que lo interesante es que nuestro pueblo oculta el secreto de una bebida extraordinaria... Y es que los periodistas, hay que ver en lo que llegan a fijarse para que les encarguen un reportaje...

SUICIDIO

Por Mónica Balladore

“No viviré aquí, no me resignaré, odio este lugar” se decía a sí misma Gloria mientras hojeaba los libros de la biblioteca del geriátrico, su actual morada. Las pulcras paredes se le hacían prisión y esas mujeres solícitas que la atendían... No soportaba a ninguna, odiaba su afecto fingido.

“La literatura salva”, se repetía las palabras de su querida abuela, y se sumergía durante horas en los libros, se alimentaba de ellos como las vacas en el campo de su niñez y luego, igual que ellas, iba a rumiarlos, solo que no poseía la inmensa llanura sin límites y perdía su mirada en la nada ocre de las paredes de la sala de recreo.

Eso era así cada día, hasta la hora de la cena, cuando, invariablemente, la arrancaban de su tierra para recordarle que debía comer, luego mirar la televisión e ir a dormir. Casi todo estaba pautado.

Gloria había hecho imponer su voluntad en un punto, no se unía a las actividades propuestas para el grupo, le resultaban pueriles, prefería quedarse en la biblioteca. Incluso, antes del remate del campo, sólo sacó de su propiedad algo de ropa personal, las fotografías y ilos libros! Llevó todos los que le permitieron.

Esos elementos le permitían asirse a los años felices de su pasado. Gloria había perdido tempranamente a sus padres en un accidente, los conoció a través de descripciones y relatos que su amorosa abuela le iba haciendo. Nunca fueron una falta angustiante, su abuela era una vertiente de historias y vivir a su lado era fascinador. Le estaría siempre agradecida porque le contagió la adicción a la lectura y, con ello, le extendió el universo. Cuando Gloria terminó la escuela partió a la ciudad hasta que se recibió de maestra y después ejerció su profesión en el pueblo cercano. Cada tarde volvía y, mateando con la abuela, compartían las vivencias del día, una hablaba de la brillantez de sus alumnos y la otra de los animales. Una tarde, cuando Gloria llegó, descubrió caída a la abuela con su cara ensangrentada, los cristales de sus anteojos la habían herido cuando cayó contra el libro que leía. Corrió innecesariamente por el médico, quien llegó para extender un certificado de defunción en el que constaba como motivo del deceso: paro cardio-respiratorio. Ese día Gloria perdió su familia y su alegría. Guardó el libro, enterró a la abuela se hizo cargo del campo y de los animales. Se sintió repentinamente vieja y emprendió una vida solitaria.

Sobre la mesa de luz que le asignaron en el geriátrico ha colocado las dos imágenes de su niñez que tiene. Una fotografía en sepia donde aparece como una niña vivaz de la mano de una mujer inmensa, saludable, erguida como una estatua de mármol. Detrás de ellas se ve un mobiliario lujoso, un candelabro de plata, y una montaña ordenada de libros al lado de la jofaina. La otra imagen es idéntica, posan de la misma manera pero están afuera y se extiende la llanura, gallinas, el burro, caballos, vacas y un par de ovejas, en el fondo: el río Paraná, meta de sus paseos cotidianos, tardes de remo y excursiones de pesca.

Gloria se acomoda en la cama y lee: «En un pueblo de Escocia venden libros con una página en blanco perdida en algún lugar del volumen. Si un lector desemboca en esa página al dar las tres de la tarde, muere.»
Julio Cortázar

Gloria se levanta de golpe, con una fuerza inusitada, con una vitalidad recién estrenada y la lucidez de quien ha descubierto el misterio. Siente la seguridad de haber recibido una revelación. Busca el último libro de la abuela y clava la vista en la hoja desnuda de letras, manchada de sangre. Lo contempla extasiada y luego se aferra al libro como lo haría un montañista a la soga que lo salva del precipicio. “Mañana volveré a verte, abuela” Cuenta las páginas rigurosamente, después calcula los minutos. Se duerme muy tarde, perdiéndose en operaciones matemáticas. Sueña con el campo, con el río, anticipa la alegría del abrazo con su abuela. “Mañana, a las tres de la tarde”, su corazón lo repite como una letanía milagrosa que le aquieta el ánimo y le devolverá la libertad perdida.

La página en Blanco

Paolo Chávez Cueto

«En un pueblo de Escocia venden libros con una página en blanco perdida en algún lugar del volumen. Si un lector desemboca en esa página al dar las tres de la tarde, muere.»

El aroma del café llegaba desde la mesa de caoba. La tasa dejaba escapar al aire un alma transparente. A través de sus lentes, iban ingresando, una a una, cada palabra que sus ojos peinaban sobre los pliegos de un nuevo libro. Claudita jugaba en el piso con las muñecas. Inesperadamente y, como un tornado que llega sin invitación y sin aviso, una fuerza irrumpió la quietud de la tarde de domingo, esas que con devoción religiosa, él dedicaba a la sosegada lectura. El reloj retumbó tres veces.

Llegaste a la página temida, José. Tu incredulidad pudo más que tu temor, y ahora ya no puedes dar marcha atrás. Aquel atardecer, te quedaste quieto, tieso como el cemento. Sólo tus ojos se movían. Cuando quisiste pedir ayuda, la hoja blanca empezó a tomar color, como si un tarro de arco iris vertiera todos sus tonos sobre ella. En lo que creíste fue un segundo, te viste de la mano de tu hija, ingresando por el largo pasillo de una iglesia. Las sonrisas, las fotos, los aplausos se confundían ante tus ojos. Parecías recorrer el caudal de un río con miles de flores a los lados. Los perfumes se confundían en la humedad de aquel verano. No reconociste el traje nuevo que llevabas puesto. Tus cabellos eran grises, casi blancos. Llegaste al final del río y, con un inmenso respeto, te saludó un muchacho de rostro desconocido. Tú le seguiste el juego y le entregaste a tu hija luego de besarla en la mejilla. Te fue imposible disimular las lágrimas de emoción, de nostalgia, de melancolía. Pensaste que muy temprano se te había hecho tarde.

Claudita aventó la muñeca sobre el libro que sostenía su padre, pero él no se inmutó, quiso pero no pudo. Los llantos de la niña hicieron llegar a Mónica, que con voz alterada, pedía explicaciones. Fido ladraba sin parar, pero no se atrevía a acercarse demasiado a su amo. El café dejó de respirar. El viento amenazaba con romper los vidrios de la sala.

Te dolía más no poder moverte y hablar que ver a esas dos mujeres sufrir por ti. Sentías que con el paso de los minutos tu sangre iba

disminuyendo el flujo. La hoja en blanco volvió a mostrarte nuevos colores. Tú, en bastón, haciendo un gran esfuerzo para permanecer de pie junto a la mesa redonda, decorada con pastelitos, jugos y una inmensa torta de chocolate que mostraba los números ocho y cero estampados sobre su negra masa. Rostros maduros, jóvenes e infantiles reían indistintamente. Te cantaban a coro, te aplaudían y te regalaban besos. A lo lejos, la música te devolvía recuerdos. Borrosas fotografías que se mezclaban en un espacio cada vez más indeciso y escurridizo. A tu lado, Claudia, siempre Claudia, y a su derecha, ese muchacho de la iglesia. Ella pendiente de cada uno de tus pasos, dispuesta a no dejarte caer y a mantenerte con vida el mayor tiempo posible. Aunque a veces quisieras que todo terminara. Las tardes se presentaban cada vez más largas y ni las prolongadas siestas podían acabar con ellas. Alguien te topó el hombro y le adivinaste la mirada antes que el rostro. Era Julio, tu amigo del colegio y de toda la vida. Se abrazaron por un largo rato. Ustedes eran los únicos sobrevivientes del grupo del colegio.

Los gritos continuaron. Mónica temblaba con el teléfono en la mano, dándole alaridos a la operadora de emergencia. El cuerpo de José empezó a perder forma: su cabeza se fue desplomando como un edificio en ruinas, su cuerpo corría la misma suerte. Sobre el sillón azul oscuro quedó reposando su figura. Sus ojos se fueron cerrando con la lentitud de las puertas de un elevador. Fido siguió aullando como un lobo. La taza quedó partida en mil pedazos sobre el suelo. El libro abandonó las manos de José, rebotó en uno de los cojines blancos e irreverente fue a parar a los pies de Claudita. Sus pequeñas manos lo levantaron enseguida.

Estas ahí José. Observándote por última vez. Encerrado dentro de esas tablas oscuras. Luces limpio y elegante. El olor a cera y a vainilla invade el sensato lugar. La gente susurra, te hablan mirando tu apagado y pálido rostro. Las lágrimas de Claudita deben ser las que más duelen, el único alivio es que entre tus inertes manos ves aquel maldito libro de tapa marrón. Ya no podrá hacerle daño a otro, piensas, y finalmente decides marcharte y descansar en paz.

Te espero a las tres

Por Raúl Márquez

En un pueblo de Escocia venden libros con una página en blanco perdida en algún lugar del volumen. Si un lector desemboca en esa página al dar las tres de la tarde, muere.

Julio Cortázar

Llegué tarde a la estación. Veinticinco minutos para las tres. Isabel me espera en el lugar de costumbre. Imagino la tenue pulsación, los brazaletes y demás abalorios danzando al abrigo de sus mejillas y sus cabellos. Debe estar concentrada en el libro de Allan Poe, como si no hubiese nadie a su alrededor y la gente la mirará de pronto y pensará qué chica tan guapa, tan estudiosa, y tus ojos siguiendo la línea del renglón como si nada, imaginando calles oscuras, noches inquietantes, aves de mirada enlutada y misteriosa... La verdad es que no hay tanto bululú como esperaba: al parecer los estudiantes ya se han calmado, el gobierno ha cedido un poco, la ciudad retoma su ritmo habitual, aunque aún muchos prefieren quedarse resguardados en sus casas. Por eso cuando me preguntaste que qué tal lo de la marcha y los enfrentamientos, te dije que tranquila y entonces convenimos, como siempre. Ni caos, ni marchas, ni siquiera un posible toque de queda, podrían evitar el encuentro. Cuando ya iba llegando a la parada de la buseta que me traería a la estación, me acordé del libro. Cónchale, me tomé la parte posterior de la cabeza, miré el reloj, ni modo, tuve que volver sobre mis pasos. Por eso llegué tarde, son las tres menos veinte...

Mientras esperaba en el andén, un señor me comentó que algunos estudiantes del Pedagógico habían decidido dirigirse a Miraflores: joven, la cosa se va a poner peluda, yo que le digo. Destellaron extrañamente sus ojos temblorosos detrás de unos anteojos culo de botella. En esas llegó el tren. Aquí vamos, me dije, y apreté el librito, por si acaso. Ya sentado, recordé cuando me leíste al oído un poema de Cortázar. Para ese entonces, el único escritor que existía para ti era Cortázar... que si Cortázar por aquí, que si Cortázar por allá. Una noche duraste hasta las tres de la mañana explorando el *youtube*, en busca de vídeos donde apareciera el escritor argentino. No creas que Neyda no me lo comentó. En fin, te volviste más cortazariana que el mismo Cortázar. Por eso te compré este libro. Creo que falta en tu colección. Y tranquila, que no lo voy a hojear hasta que estemos juntos. Aunque me parezca exagerado que creas tanto en lo que escribió tu querido Julio. Además, no estamos en Escocia...

Dentro del vagón, algunas personas comentaban que nuevamente los estudiantes habían salido a protestar. Entonces es cierto lo que me había dicho el señor, pensé. Abrí el libro, leí las primeras líneas, lo cerré de nuevo. Luego revisé el celular, eran las dos y cincuenta y cinco. Le escribí a Isabel. Te escribí: te amo, mi osita. Unos días antes me pediste que te llamara así, no sé por qué... Y pensar que ya íbamos a cumplir tres años de novios, bueno, eso suena a eufemismo barato, pues una semana después de

empatarnos, estuvimos juntos, ¿te acuerdas, mi osita? Quedan dos paradas. No sé por qué cuando viajo en el metro me pongo a pensar en ciertas cosas de la vida, como en la muerte, o en el destino de las personas que viajan a mi alrededor. Tú me dices que eso es filosofar, yo digo que quién sabe...

Una estación menos, una estación más, pienso (filósofo, dirías tú). Al parecer la cosa está tensa allá arriba. Algunas señoras entraron al vagón como si escaparan de una explosión o algo así. Se les ve agitadas, hablan entrecortadamente; una que otra sonríe, con una sonrisa nerviosa; otras respiran como peces fuera del agua, como si un doctor les dijera: así, señoras, eso es, respiren profundo... Entonces me llega tu mensaje de texto: que me cuide, que parece que hay problemas en el centro... cualquier cosa me llamas, estoy sin saldo... Sé que me traes un libro; no se te ocurra hojearlo... Entiendo, mi amor. Tranquila. Nos vemos. Besos.

Estación Sabana Grande. Dos minutos para las tres. La tranquilidad de Propatria contrasta con el barullo que encuentro en este sector de la ciudad. Gente corriendo de un lado a otro del boulevard. Gritos, bocinazos, humo, mucho humo, gas lacrimógeno, y entonces el celular, un número extraño, tu voz al otro lado, tu voz de giros temblorosos, tu voz aterciopelada y aguda, que tuviera cuidado mi amor, que mejor no nos vemos hoy, que por favor me cuidara, entonces disparos, claro mi amor, tranquila, mi osita, cuídate mucho mi osita, te quiero mucho, mi osita, nos vemos pronto, y aquí llevo el librito, es buenísimo, mi osita, acá llevo tu librito, cálmate, ojitos inquietantes, oh amiga, mi fábula, mi estuche preferido, mi reloj de pulsera, mi desdén, y entonces disparos, caigo, alguien me cae encima, el libro se abre, en un instante, una página en blanco, te quiero, muchachita, cálmate, nos vemos pronto, mi osita, te quiero mucho, mi osita, te quiero mucho...

PROVIDENCIA

Alvaro Arrivillaga

Lourdes tomó el bus en la estación del sur. Al ingresar, como éste ya estaba lleno, tuvo que hacer más de la mitad del recorrido de pie. Sólo después de pasar por *Patzún* logró sentarse a la par de una señora que llevaba más de dos horas roncando. Atrás de su asiento iban dos jóvenes que entre gallinas, bolsas de granos y canastos no paraban de comer. El llanto de un niño competía con el del ruido del motor, que además dejaba escapar un sofocante humo provocándole una tos constante al chofer y quien no hacía otra cosa que escupir por la ventana.

Una vez ya sentada sacó un libro de su bolsa e intentó leer por un rato, pero las constantes vueltas hacían que su compañera de asiento cayera periódicamente en cada giro sobre su hombro izquierdo, por lo que desistió de esa idea y se dedicó a mirar cómo dos hermanitos que iban dos filas delante de ella jugaban a halar el pelo a un señor sentado frente a ellos. Le pareció que el tiempo había transcurrido más rápido ya que luego de cinco túmulos y un puesto de fumigación, llegaron a Providencia, un poco antes de la hora prevista. Lourdes bajó con su bolsa de mano y un único maletín. El bus arrancó y la dejó perdida entre una nube de polvo. Se dirigió a la municipalidad, donde un joven alto, esquelético, con el pelo bañado en gel, le saludó con la emoción de quien reencuentra a un viejo amigo.

–Licenciada Batres –dijo el joven efusivamente– ha ocurrido otro caso. Justo hace una hora. Es mejor que venga y lo vea usted misma.

Lourdes no tuvo mayor tiempo para descansar y tomar algo que aliviara su seca garganta, y empezó a caminar con pasos agigantados por más tres cuadras, mientras que otro muchacho muy parecido al primero tomaba su maletín y le ayudaba.

–¡Este es el séptimo caso! –exclamó el joven–. En menos de una semana, ya son siete los muertos. Todos en el pueblo están asustados. Es bueno saber que ya está usted aquí para ayudarnos. Estoy temiendo que ya no los pueda controlar. No paran de hacer preguntas y de proponer las más descabelladas soluciones.

–¿Cuál es su nombre? –preguntó Lourdes sofocadamente, mientras limpiaba el sudor en su frente y se hacía una cola en el pelo.

–Martín. Martín Gonzáles –contestó el joven, al mismo tiempo que le estiró el brazo para apretarle con su mano huesuda, la diestra de Lourdes–. Aquí es. Sólo yo he entrado. La vecina de enfrente estuvo tocando a la puerta, como no le abrieron, sospechó algo y me mandó a llamar.

Lourdes entró seguida de Martín y encontró en un sofá de la sala el cuerpo sin vida de una señora con sus lentes puestos, y una cara de felicidad dibujada en el rostro. La tocó y la percibió caliente. Unas delicadas trenzas caían por ambos lados de su cuello. En sus piernas, sus manos aún sostenían un libro abierto.

—¿Qué hora es? —preguntó Lourdes, mientras hacía notas en una pequeña libreta y sacaba su cámara fotográfica.

—Las cuatro con doce minutos —contestó Martín, casi sin ver el reloj—. No tiene más de una hora y media que murió. Eso se lo puedo asegurar.

Al salir, Lourdes indagó con los vecinos sobre si la fallecida padecía de alguna enfermedad o sobre algún comportamiento extraño en los últimos días, pero las respuestas fueron las mismas siempre. Nada. Nada que indicará algo fuera de lo normal. La misma historia se repetía en las seis muertes previas, y que eran el motivo de su visita a Providencia.

Martín preguntó a Lourdes si deseaba ir a descansar, él estaba muy ansioso por la investigación pero sabía que el largo viaje hasta Providencia, la tendría cansada. Necesito solo un baño, luego quisiera revisar los otros expedientes. No hay mucho tiempo.

Se dirigieron a la única pensión de Providencia, situada frente a la plaza. A la derecha se podía apreciar la fachada gris de la Iglesia, con un atrio blanquecino producto del excremento de las palomas que constantemente sobrevuelan entre los árboles de la plaza y las cabezas de los santos. A la izquierda, el portal con sus doce columnas que a esa hora de la tarde reflejaban una simetría al proyectar sus sombras sobre la calle que conduce al parque. Al frente se encontraba la Municipalidad, con oficinas a ambos lados. La de teléfonos pintada de color azul y la de telégrafos a otro lado en color café ocre.

Lourdes no tardó más de veinte minutos en estar lista, y salió acompañada del muchacho que le había llevado su bolsa de equipaje y quien se había convertido en su sombra. Fueron a la municipalidad, y subieron al segundo nivel. Ahí, en una obscura oficina, encontró sobre una mesa apolillada, libros, apuntes y varios archivos abiertos con fotos y descripciones de las seis muertes anteriores. Leyó detenidamente cada caso y tomó notas. En ninguno parecía haber una causa de muerte directa. Mientras seguía leyendo pidió a su inseparable sirviente —quien nunca se atrevió a verla a los ojos—, los análisis del agua del pueblo y del agua del río, así como la evaluación sobre la contaminación ambiental, y continuó recabando datos. Dos horas más tarde, su fiel ayudante entró con los reportes y le dijo con voz queda que le llamaban de la capital. Ambos bajaron y fueron de prisa a la oficina azul de teléfonos.

—¿Lourdes que has encontrado? —preguntó una voz exigente del otro lado del auricular—. Aquí todos temen que se trate de una vieja profecía.

—No hay nada en el agua. El aire es puro. No hay pestes en los animales. Ninguno de los fallecidos tiene antecedentes que expliquen una muerte tan repentina —contestó Lourdes, mientras seguía leyendo con interés los reportes— necesito más tiempo.

Esa noche antes de ir a su habitación quedó con Martín de tomar un café para que le contara algo sobre Providencia que le pudiera servir a descifrar el enigma de las muertes, pero por más preguntas que hizo, no obtuvo nada que le aportará una luz, una guía

para seguir investigando. En realidad en Providencia nunca ha pasado nada extraordinario. Todos creímos que luego de la visita del escocés que vendía libros, no habría nada más que comentar, pero ya ve. Uno nunca sabe que vendrá después. No entiendo de qué hablas, contesto Lourdes con voz cansada. Será mejor que me retiré, mañana ya esperan en la capital mi informe. Se puso de pie. Dio un beso en la mejilla a Martín, quien se quedó de pie con la mano extendida y se marchó.

Sin embargo no fue a su habitación, sino que decidió dar una vuelta por el parque y repasar los hechos: un joven escolar, un sastre, una señora dueña de un salón, un maestro jubilado, una pareja de esposos recién casados y la señora de ese día. Todos habían muerto en horas de la tarde, encontrados en una silla, o en un sofá. Sentados. Tranquilos y en aparente poca actividad, como si hubiesen estado descansando, tal vez esperando a alguien, quizás leyendo o escuchando la radio a lo lejos.

Al regresar a su habitación no podía dormir. Se sentía atrapada al no tener una respuesta para el día siguiente, por lo decidió leer por un rato. Tomó su bolso y entre *Divertimento*, *El examen* y *las Armas Secretas*, se decidió por el último. Al amanecer se dio cuenta que se había quedado dormida en el sofá leyendo. Vio el reloj en su mesa de noche que ya sin funcionar marcaba las tres, y a lo lejos recordó que ya no había podido seguir leyendo pues todas las hojas le parecían estar en blanco. Salió hacia la oficina café de telégrafos y dictó puntualmente: *No se alarmen. No epidemia. No plaga. En un pueblo de Escocia venden libros con una página en blanco perdida en algún lugar del volumen. Si un lector desemboca en esa página al dar las tres de la tarde, muere. Cerrar fronteras. Detener inmigrantes.*

La vieja librería (José Luis Rodríguez-Núñez)

Cuando me avisaron para investigar el caso no lo dudé ni un instante. Me dio lo que yo llamo el pálpito, esa extraña premonición de las tripas que me había resultado infalible en el pasado, al que debía gran parte de la fama de ser condenadamente bueno en este oficio. Ese olfato que me guiaba en mis indagaciones y que me dijo, así al oído, entre nosotros, que el tema era de los buenos, que toda los policías de Escocia se devanarían los sesos para resolver el misterio y que yo, el agente especial más joven del cuerpo, estaba llamado a esclarecer.

Pues bien, esta vez el pálpito me ha fallado, y de qué manera. El hecho de que os esté contando todo desde la helada camilla de la morgue de Portree os puede dar una idea de la magnitud de mi error de cálculo. ¡Mierda! Ahora sé perfectamente el futuro inmediato que me aguarda y probablemente va a terminar con la escasa energía que todavía me permite narrar estos hechos. Antes quiero contaros cómo diablos he acabado aquí, cuando mi destino era la gloria y las condecoraciones.

«Lo cierto es que lo siento por el pobre detective, ¿sabes, Gregorio? Me había caído bien, tan joven, tan apuesto, parecía sacado de una película de esas de ahora, versiones descafeinadas de los grandes clásicos del cine negro. Pero era él o yo, lo entiendes, ¿verdad? Creo que era el único capaz de desenmascaramme. ¡Cómo te relames los bigotes, golfo! ¿Quieres que papi te ponga un poquito más de leche? El caso es que hasta parecía algo culto, el infeliz...»

Antes de que el afilado escalpelo del forense de turno trace la diabólica y griega en mi pecho, os diré que acudí a este olvidado pueblo de la isla de Skye convencido de encontrarme con los típicos policías paletos incapaces de solucionar un asesinato así ocurriera delante de sus narices. Creo que los agentes pueblerinos lo debieron notar enseguida, por el desprecio con el que me trataron siempre, y, sobre todo, por sus mordaces comentarios cuando trasladaron mi cuerpo al depósito. Que si me lo tenía merecido, que si era un prepotente, con esos aires de superioridad capitalinos. Vamos, nada agradable de escuchar cuando acabas de palmarla y esperas algún elogio, o al menos, un mínimo de respeto.

Así que no me facilitaron con ganas la información de los cuatro homicidios, y eso que el último había causado un gran revuelo, pues la víctima era menor de edad, un adolescente desorientado que leía «El guardián en el centeno» cuando le sorprendió la parca. La prensa diseñó un gran montaje sensacionalista con el suceso y casi me enteré más de los detalles de la cadena de asesinatos por ahí que por la colaboración de mis supuestos colegas. Un asunto realmente mediático que me puso a cien.

«...no como la señora McIntire, esa frígida ignorante. ¿Qué te parece calificar a los maestros franceses del XIX como provincianos y chauvinistas? Ahí mismo sentí que teníamos que prepararle una selección adecuada a su estulticia, ¿verdad, Gregorio? Que la vieja se quedase tiesa leyendo a Charlotte, para justificar la superioridad de

los escritores ingleses, fue de lo más irónico, ¿no crees, precioso? ¡Qué manera de ronronear!»

A las dos horas de mi llegada ya tenía claro que el asunto nacía y moría en el mismo sitio: Sunders, la librería principal del pueblo. Las cuatro víctimas fueron sorprendidas por el asesino hacia la misma hora (las tres de la tarde, según las autopsias), y todos leían un libro adquirido en ese establecimiento. El primer fiambre, hace ya dos meses, fue el de un joven oficinista que solía aprovechar el cierre del despacho para sentarse a leer en el parque en los días soleados. Hojeaba una edición comentada de «La metamorfosis» cuando palmó. Tras la autopsia, el deceso fue atribuido a causas naturales y el muchacho fue enterrado en su Glasgow natal. Pero dos semanas más tarde, un hecho casi idéntico, esta vez la muerte de una vieja solterona, la Sra. McIntire, llamó la atención de las autoridades locales: murió en su casa mientras disfrutaba de «Jane Eyre» y, aparentemente, por causas similares. Cuando se desataron definitivamente todas las alarmas fue con el tercer cadáver, descubierto hace unas dos semanas: un respetable padre de familia, en perfecto estado de salud, llegó frío al final del trayecto del autobús local. Cuando el conductor fue a despertarlo, el hombre se desplomó en el asiento contiguo junto al volumen de «Muerte en la Fenice» de Dona Leon, que tenía fuertemente asido con ambas manos.

«...el jovencito Gallagher fue un evidente caso de respeto generacional. ¿Cómo se atrevió a pedirme otro libro de Harry Potter a sus casi dieciséis años? Era necesario dar ejemplo, enseñar a los adolescentes ignorantes lo que es la buena literatura, la gran literatura. Seguro que a Salinger lo vuelven a leer mucho más a partir de ahora...»

Ahora es fácil decirlo, sí: que si todos los libros habían sido comprados en la misma tienda, que si en los mismos no había absolutamente ninguna evidencia o prueba que los relacionase con las muertes, que si eran pura teatralización del asesino, pero ¿han investigado a fondo el local y a los trabajadores?, ¿han sometido a los mismos a vigilancia?, ¿qué han sacado en claro?

—El dueño de la librería, que es el único que la atiende, tiene una más que sólida coartada en todos los casos — me comentó apulosamente el sargento O´Meiry.

Sentí en ese mismo instante el palpito de visitar la vieja librería, como la llamaba todo el mundo. Intuía que allí encontraría la pista clave para solucionar el misterio, no podía tratarse de meras anécdotas circunstanciales. Así que poco después de las dos de la tarde, tras engullir un sándwich de pavo y una pinta de Guinness en el pub contiguo, abrí la desvencijada puerta de madera sin barnizar de la fachada de piedra recubierta de un verdoso moho.

«... es cierto, Gregorio, es cierto, lo del cajero del banco fue un poco injusto, una fatalidad, qué vamos a hacerle, pero él fue el que entró a comprar justo cuando había terminado de diseñar el primero de mis libros especiales; algo de culpa también tuvo. Además, con alguien teníamos que experimentar el sortilegio y bueno, le tocó a él.

Mala suerte. Lo siento un poco, porque desde luego era el más culto de todos, el mejor cliente...»

El tintineo de un cascabel plateado anunció mi llegada al anciano librero. Detrás de la polvorienta montaña de libros que adornaba la entrada se distinguía su rechoncha figura sentado frente a un vetusto mostrador de reducidas dimensiones. En su regazo acariciaba un enorme gato de Angora con sus manos peludas y nerviosas, mientras unos pequeños ojos huidizos trataban de enfocarme tras las gruesas gafas de pasta. Parecía esperar mi visita y su voz tenía un soniquete nasal junto a un matiz extrañamente intimidatorio:

—Buenas tardes, oficial. Bienvenido a mi modesta tienducha. ¿En qué puedo ayudarle?

Atribuí al cotilleo local el hecho de que el viejo supiera mi rango y pasé directamente al grano. Me ahorré un preámbulo farragoso para explicarle, sin dudas, que pensaba que la trama de los asesinatos en serie se había urdido probablemente en su establecimiento y que, a falta de sospechosos o pruebas, era él la persona que más datos podía aportar a la investigación.

—¿Me podría indicar quiénes y cuándo compraron los libros de esta lista? — inquirí con el tono que solía adoptar en los interrogatorios oficiales.

Después de una parsimoniosa lectura del listado, donde remarcó un par de errores ortográficos, me mostró los recibos de los volúmenes, comprados por las víctimas pocas horas antes de su misterioso final. Con un sonsonete monocorde me describió los gustos literarios de cada una de ellas, en una salmodia que, por el cansancio del viaje o los efectos de la cerveza, me resultaba insufrible. El ronroneo del gato y el opresivo amontonamiento de libros empezaban a agobiarme, por lo que pasé inmediatamente a verificar sus coartadas. Efectivamente, en los días y horas de las muertes, se encontraba, como siempre, tomando su té de las tres en la pastelería de la señora Andrews, como corroboraban varios testigos.

«...vale, vale, que el Sr. Andrews ha dejado viuda y dos huérfanos, que no se trataba de un castigo meramente literario, que sí, Gregorio, que sí. Pero una vez demostrado que funcionaba el sortilegio, ¿cómo no iba a aprovechar para vengar tantos años de desprecio, de presiones, de amenazas? Todo por el miserable alquiler de un piso destartalado... »

Mi palpito insistía en que algo no cuadraba, que el beatífico tendero ocultaba más que mostraba, que en su serenidad monacal escondía un secreto. La claustrofóbica cascada de estantes y libros y el polvo acumulado de décadas me asfixiaban cada vez más. Me hallaba ahora en un callejón sin salida, por lo que decidí cambiar de estrategia y planeé recopilar más datos sobre el propietario, para regresar en otro momento y tirar del hilo. Comencé a despedirme del anciano y de su covacha, cuando me vi sorprendido por un curioso ofrecimiento.

—Tenga, joven, no se vaya sin un libro. Se lo regalo, para que pueda amenizar sus largos días en nuestro pueblo. Léalo, le gustará. Es una obra maestra.

Y así, sin darme apenas cuenta, me encontré en la calle con un ejemplar de «El nombre de la rosa», de un escritor italiano, creo recordar, que se anunciaba como el libro definitivo del siglo, una perfecta combinación de detectives y de novela histórica. Aturdido todavía por el ambiente del interior, me dirigí como un sonámbulo hacia un banco de la cercana plaza principal, donde me senté a meditar y airearme un poco. Por curiosidad o por aburrimiento o por ambas cosas a la vez, justo cuando sonaban en el campanario las tres de la tarde, abrí el libro que me había obsequiado el librero y ahí, frente a una página en blanco fuera de lugar, terminó por lo visto mi investigación, mi carrera y mi vida, como comprobé un par de horas más tarde, cuando un niño pecoso y rubicundo se acercó a mí, me observó durante un largo rato con el entrecejo fruncido, girando su roja cabeza hacia la izquierda, mamá, este señor tan raro, no se mueve ni nada y tiene la boca muy fea. Minutos después se acercaba el sargento O´Meiry y acordonaba la zona para facilitar el trabajo del forense. Espero que de ésta esa pandilla de inútiles descubra de una vez por todas al maldito librero que se cree tan listo. Si al menos mi sacrificio sirviera para eso.

«...¿quién nos lo hubiera dicho, eh, Gregorio? Casi como en “El nombre de la rosa”, ¿no es cierto? Una página en blanco a las tres de la tarde y, zas, muertos, sin rastro, sin pistas. El crimen perfecto, bello, más allá de la ficción, el sueño de toda una vida. ¿Qué cómo lo he logrado? Eso, mi viejo amigo, me lo llevaré a la tumba. ¡Vaya, un nuevo cliente! Hombre, si se trata del mequetrefe de Mccarthy. Bien, Gregorio, tesoro, vamos a atenderle como se merece...»

EDUARDO IZAGUIRRE GODOY.

ETERNA REVANCHA

El vehículo estacionó frente al Park Plaza Hotel de Lima pasadas las 2 de la tarde. Carlos, el chofer, miró su reloj con inquieta decepción. No había motivo para alarmarse, estaba a tiempo si pensaba en la cantidad de páginas previas, pero notó que, inesperadamente, su impecable récord de puntualidad, el que ostentaba desde hacía más de 8 años en esto del transporte de gente VIP, estaba quebrado. Un detalle absurdo, pensó a la luz de lo que estaba por conseguir. Apretaba con ambas manos el timón y con el rabillo del ojo vio en el retrovisor que el Sr. Bautista descendía. Cuando éste desapareció tras la puerta giratoria del hotel, respiró profundo y sus brazos descansaron en el regazo. Ahora, su única tarea consistía en esperar.

Melitón Bautista se desplazaba cadencioso por entre los contados turistas que, a esa hora, transitaban el vestíbulo del hotel. El caramelo en la boca, las gafas oscuras, el cabello al ras, su espigada figura enfundada en un traje a la medida. Abordó el ascensor y marcó el penthouse. Cuando las puertas se abrieron, se extrañó que no fuese Verónica lo primero frente a él. La llamó. Pasaron segundos antes de que, por fin, la voz distendida de su novia emergiera desde el dormitorio. El alfombrado había silenciado los pasos de Melitón, quien prefirió dejar para más tarde cualquier contacto con la inquieta Verónica. Se tumbó sobre el sillón crema, minimalista, de rectángulos perfectos y patas de aluminio. Que se arrugara el traje, la corbata, todo. Se sintió perfectamente encajado, como en un molde esponjoso. Casi al instante, la fatiga lo cegó.

Arrellanado en su asiento, Carlos permitía que el recuerdo de su madre le dominara la cabeza. Criada en Shadowland, un microscópico pueblo en Escocia, en la llanura más apartada de Edimburgo, Claire McCleod amaba la soledad, el misterio de los bosques y una tradición familiar tan críptica que para participar en ella no bastaba poseer la misma sangre. Por ello, Carlos se sintió privilegiado. Él nació en Sudamérica, el único lugar donde Claire estaba convencida que hallaría refugio ante la persecución de la que se volvió objeto. Territorio virgen en casi el total de su extensión, perdida en medio de los miles de europeos que colonizaban la nueva tierra, empezaría allí otra vida, consiguiéndolo sin olvidar jamás a quienes la hicieron sufrir. Claire murió en el umbral del siglo 21, haciéndole prometer a Carlos que llevaría la misión de los McCleod hasta el final, sin importar tiempo ni lugar.

El celular de Melitón vibraba interminable. Completamente desorientado, contestó. Era uno de sus empleados con una pregunta. Fastidiado, Melitón ordenó que si no habla, liquida nomás. Cortó la comunicación, vio que eran 15 minutos pasadas las 3 de la tarde, y

tiró el celular. Buscó repetir la pose con que se había dormido, infructuosamente. De pronto, en medio de movimientos que ya empezaban a ser frenéticos, vio que al pie de la mesita de centro se hallaba lo que parecía un paquete abierto, un buen trozo de papel de embalaje abandonado. Pensó en reanudar la búsqueda de su sueño perfecto, pero la serie de hipótesis sobre su origen, agolpándose en su mente, le ayudaron a superar la somnolencia. Así, casi de un salto, alcanzó el papel. En el exterior, su nombre y la dirección del Park Plaza con su número de habitación. En un pliegue del interior, una tarjeta: From Shadowland. Intrigado por la ausencia del contenido, llamó a Verónica, la única en el penthouse mientras él andaba en la calle, pero esta vez un vacío intimidante ocupó el lugar del canturreo y las palabras tiernas. Con el papel en la mano, caminó presuroso hasta el dormitorio. Verónica yacía en su lado de la cama. Aparentaba dormir. Un libro abierto velaba su descanso desde el piso. Cuando Melitón se acercó, notó que estaba escrito en inglés y que Verónica lo había dejado cuando llegó a la hoja en blanco. Luego, confirmaría que ella no respiraba.

Carlos miró la hora y encendió el motor del automóvil. ¿Lo habría logrado? ¿Estaría Melitón Bautista muerto? Si Claire hubiese escuchado sus pensamientos, le habría marcado el rostro de una bofetada. Una duda de ese calibre no le era permitida a quien estaba, desde su nacimiento, preparado para tal misión. ¿Cuántos más faltaban? En su cabeza revoloteaban cifras que le hacían dudar. Era quizás el cansancio, los cambios constantes de oficio a lo largo de un par de siglos, o las caras de los Bautista aniquilados, cada una de ellas tatuada en su memoria. O los repetidos viajes a Escocia, antes por mar, interminables, y luego a través del cielo, más rápidos pero por lo mismo más frecuentes, siempre en busca del libro aquel. Con ayuda de Isaiah Campbell, Claire lo escribió en el siglo XVI, en medio del asedio de sus enemigos. Su particularidad: quien lo leyera y alcanzara la página en blanco a las 3p.m., moriría. La génesis del proyecto tenía nombre propio: los Bautista. Ellos, un clan español experto en la caza de brujas, la tenían cercada. En su afán de exterminarla, de verla retorcerse en una hoguera, acabaron con sus padres, los padres de sus padres, sus hermanos, y cualquier vestigio de ascendencia cercana o lejana. Logró escapar y el libro terminado quedó en manos de Campbell, quien desde entonces lo ha vendido en su librería de Shadowland, casi siempre en la clandestinidad, hasta hoy. Y así, poco a poco, a lo largo de los siglos, cada nuevo Bautista ha caído con el libro de Claire en las manos, cumpliendo su promesa de venganza más allá de la muerte. De pronto, un golpeteo insistente del vidrio de su puerta sacó a Carlos del océano de reflexiones que lo mantenía absorto. Era Melitón Bautista, desesperado, con su mujer en brazos, pidiendo que le abra para ir a un hospital. Carlos, sorprendido, maldijo la buena suerte del hombre. Fueron esas palabras coléricas, reflejo de la indignación del fracaso, las que ayudaron a borrar cualquier indicio de duda. Será el primero

en morir a balazos, pensó entonces mientras sacaba de la guantera una 38, reluciente.

Sin Título

Nombre: A. Varoa

Tantas veces nos habría insistido en las razones que justificaban la letanía de métodos y rituales, bajo ningún concepto doblar las puntas, leer la última frase pero sólo la última desde el penúltimo punto, docenas de manías acumuladas como cicatrices a lo largo de setenta y tantos años de lecturas pantagruélicas pero ninguna tan importante como nunca jamás dejarlos a medias, que lo que más nos chocó a todos fue saber que se había marchado sin terminarlo. Lo encontramos con el libro abrazado como un niño contra su pecho, los brazos colgando a ambos lados de la butaca y la cara de idiota que se le ponía al dormir. En silencio. Óscar había levantado el libro cuando llegaron las enfermeras y ahora no deja de lamentarse de que se perdió lo mejor, que la actriz estaba a punto de cometer el error de principiante que haría desmoronarse el andamiaje de falsas sospechas sobre ella que era la única y verdadera culpable y entonces vendría aquella escena en la penumbra de la habitación del hotel, la frialdad del protagonista para negarse a ser su marioneta siquiera por esos labios y aún así envenenarse probándolos antes de mirarla a los ojos y asestarle aquel desplante fenomenal mientras se le disolvían las entrañas y la policía estaba a punto de llamar a la puerta. Casi parecía que lo peor de haber muerto era marcharse creyendo en el culpable equivocado. Es que la página estaba en blanco, dice Óscar, a lo mejor creyó que había terminado, un despiste, estaba débil, él no se hubiera muerto sin acabarlo, le gustaban mis libros. Le gustaban todos los libros. Nunca insinuó la menor queja desde que nos pidió que le llevásemos cosas que leer al sanatorio. Cada uno teníamos nuestras fuentes, nuestros géneros, nuestros motivos. Yo solía comprar los libros que me interesaban por duplicado para regalarle uno y leerlos al mismo tiempo, como hacíamos antes. Mamá y Jorge picoteaban mostradores de novedades o restos de colecciones en los quioscos por pereza, por falta de ideas, de interés. Óscar esquilmbaba librerías de segunda mano cada vez que salía del país para volver con cargamentos que racionaba en las siguientes visitas. Es cierto que papá manoseaba los suyos de una manera que no tocaba el resto, quizá también los leía más despacio, pero Óscar nunca se dio cuenta de que era porque el olor a humedad le recordaba a casa. La última vez que hablamos por teléfono me dijo que lo que más echaba de menos era cuando, de niños, le despertábamos de la siesta dejándole un café sobre la mesa. Esa tarde, al verle dormido, pensé que él había presentido que yo traía un vaso de la máquina del vestíbulo.

Paco Fernández

Sobrecitos rosas.

Habría sido al medio día, poco antes, cuando el silbato del cartero anunció que tenías correspondencia.

Extraño, pensaste, si a nadie dije que estaría aquí.

En el buzón, un pequeño sobre rosado. Alzaste la vista, husmeaste, como queriendo adivinar si se trataba de una broma y quién te la jugaba. Nadie.

Sentado en el sillón de cuero, con un tequila al lado, rasgaste el sobrecito delicado con tus manos toscas y encallecidas. Manos de trabajar la tierra hacía muchos años, de limpiar fusiles y usarlos, manos que impartían justicia, manos violentas y certeras, manos donde el submarino y las pinzas y la picana.

Sólo una fotografía. Sin nada escrito, sin remitente. En ella, una muchachita adolescente mirándote desde el papel brillante. Flaca, casi sin tetas. Un vestido que parecía gastado. Y los ojos. Negros y tristes y con una especie de crueldad sorda muy adentro. Algo remotamente conocido en ese rostro. ¿Quién? ¿Dónde?

Partiste en dos la fotografía y la pusiste sobre el cenicero. Todas iguales -pensaste- todas unas putas.

Esa noche te despertó una pesadilla. Era el pasillo del cuartel de entonces, pero se había vuelto infinito. Alguien te seguía, una presencia poderosa. Acelerabas el paso pero siempre te alcanzaba. Al volverte viste el rostro de la muchachita de la foto. ¿Quién eres? preguntaste. Cuando iba a contestar, sonó el despertador.

La fotografía rota estaba donde la dejaste, en el cenicero de cristal cortado. Analizaste ese rostro de nuevo, esos ojos tristes y crueles. Nada.

Cuando sonó el silbato del cartero te dio un vuelco el corazón. En el buzón, de nuevo, un pequeño sobre rosa. Dentro, escrito a lápiz con una letra torpe, unas cuantas letras: *Eclesiastés 3, 3*

No pudiste quitarte de la cabeza aquello. El alcohol no sirvió. Sin poder dormir, buscaste la vieja Biblia que se llenaba de polvo en el librero y leíste: *“Hay un tiempo para dar muerte y un tiempo para sanar; un tiempo para destruir y un tiempo para construir”*

Y un escalofrío te lamió el espinazo.

Cuando, al día siguiente sonó el silbato del cartero, lo interceptaste.

No señor, no sé nada. Tengo que traer la correspondencia... yo no puedo disponer de ella... si usted quiere rómpala en cuanto la reciba, pero mi obligación es entregársela...

Con manos temblorosas -manos de trabajar la tierra hacía muchos años, de limpiar fusiles y usarlos, manos que impartían justicia, manos violentas y certeras, manos donde el submarino y las pinzas y la picana- abres el sobrecito rosado y lees: «*En un pueblo de Escocia venden libros con una página en blanco perdida en algún lugar del volumen. Si un lector desemboca en esa página al dar las tres de la tarde, muere.*»

Sentiste como si alguien te mirara. El sabor metálico del miedo se pegó a tu saliva. ¿Es que alguien pudo averiguar tu paradero? Luego, te reíste. ¿Cómo es que pueden espantarme con estos cuentos de tarugos? ¿Me estaré volviendo viejo?

Pero el miedo no te abandonó aunque dijeras lo contrario.

Al siguiente día no fue sorpresa que el cartero te llamara y te entregara ese enorme paquete. Lo abriste con cuidado. Un libro. Un libro enorme, de por lo menos mil páginas, sin título. Ibas a abrirlo cuando llegó a tu mente la nota del día anterior. Pendejadas, pensaste, cuentos. Pero no te atrevías.

De cualquier modo -tragaste saliva- no son las tres de la tarde, ni este pinche libro llegó de Escocia. Y aún si fuera así, ¿cuál es la probabilidad de desembocar en una página en blanco en un libro con más de mil hojas?

Siempre te gustó tentar a la suerte

Lo abriste.

Y al abrirlo recordaste la foto de la muchacha y advertiste el parecido que tenía con aquella otra mujer... ella, la que estaba encerrada en el cuartel. Recordaste el interrogatorio y su negativa a hablar, el modo como sofocaba sus gritos mientras la picaneabas, su rostro de asco mientras dos soldados le abrían las piernas y tú te bajabas los pantalones.

Al abrir el libro, descubriste que todas sus páginas, las más de mil, eran completamente blancas. No. No completamente. En la parte inferior de cada hoja, donde debería estar el número de la página, estaba dibujado a lápiz y con trazos torpes un pequeño círculo. Un círculo diminuto en donde con dificultad se alcanzaban a percibir las dos líneas que salían desde el centro. Una hacia arriba y otra hacia la derecha: un minúsculo relojito marcando una y otra vez, y otra y otra, mil veces, las tres en punto.

Mientras el dolor en el pecho te atenazaba y la mirada se te iba nublando alcanzaste a recordarla de nuevo. La muchacha tan parecida a la mujer aquella, a la que violaste hace casi catorce años, y pudiste reconocer en esos ojos tristes y crueles, tus propios ojos, los que no volverías a mirar cada mañana en el espejo.

Natalie Gamero

Los pasadizos de Schatz

Roger caminaba por la avenida St. John cuando un flaco con aire de cuervo lo abordó. Por curiosidad, se detuvo. ¿Qué venderá éste ahora? El hombre abrió una mochila que llevaba cruzada al pecho. Sin decir palabra, extrajo de ella un tomo envuelto en seda blanca y, con esmerado oficio, lo desnudó. Al ver el título, Roger se tambaleó. La sorpresa saltó de sus ojos y de inmediato quiso tocarlo, pero el flaco retrocedió con el libro en la izquierda y de la derecha extendió cinco largos dedos de punta al cielo. Sin titubear, Roger sacó el dinero de su bolsillo, aquél lo guardó en el suyo y, negocio cerrado, el libro pasó a sus manos.

—Le repito, las pruebas forenses emiten un sólo resultado, señor —dijo el doctor—. Muerte súbita.

Se trataba de *Los pasadizos de Schatz*, una obra inédita, aparentemente publicada tras la reciente muerte de su autor y cuya existencia, hasta ese día, había sido para Roger sólo un misterio. Embriagado por una mezcla de incredulidad y alegría, continuó caminando y apuró el paso. Apretándose el libro contra el pecho, esquivó al resto de los jóvenes que salían de la universidad, evitando tropezarse con alguno que pudiera descubrir su hallazgo.

—¡Me repite nada! ¿Cómo es que muere de forma súbita un chico de veinte años, me quiere explicar?—gritó el padre justo antes de desplomarse en una silla del hospital.

Cada cuadra recorrida parecía multiplicarse en las siguientes, mientras su paciencia desvanecía. El mediodía escocés, comúnmente amable, se ensañó contra Roger haciéndole bajar el sudor por las sienes, pero la velocidad de su trote no disminuyó y continuó incesante hasta el final de la St. John, donde le aguardaba fiel su refugio, el parque Los Héroes. Triturando con sus botas el otoñal re seco, se internó por las veredas que conducían a aquel banquito, ese ya casi amoldado a su anatomía. Se dejó caer aliviado en sus maderas y, en compañía exclusiva de los árboles, pudo abrir finalmente su libro.

—Dr. Scott, disculpe que intervenga, —le murmuró una colega en privado— pero creo que deberíamos llamar a las autoridades. Es el tercer caso de este tipo en un mes y, lo preocupante de ello, todos a la misma hora.

Desde la primera frase se supo perdido, estaban allí, como vivas, las palabras de aquel maestro danzando frente a sus ojos. Degustaba con celo cada página, inmerso en un mundo paralelo totalmente ajeno a lo que lo rodeaba, ajeno a la vida misma. Comenzó a sentirse distinto, los poros, las pupilas, el aliento, poco a poco se fueron transformando. Escuchó en su voz otro tono y pronto sus palabras se gobernaron sin pedir permiso. Cuando se supo otro, apareció una página en blanco.

—Sí, todos a las tres de la tarde y con un libro en el regazo.

Los suicidas de la calle Moonshadow

Por Juan W. Nonel

Decían que ella en persona atendía a los clientes, que ella misma, sin ayudantes, preparaba los libros, que de las mil maneras de morir que había ideado, era ésta la más bella. Y decían que allí, en Aberdeen, en el número 7b de la calle Moonshadow, en la librería Bookers, el que quería morir siempre encontraba lo que buscaba. Por eso, suponemos, se corrió la voz.

A mediados del año mil ochocientos setenta y siete, las autoridades de Aberdeen se vieron desbordadas por el fenómeno. Sin explicación, sin motivo aparente, todos los suicidas de Escocia acudían allí a disfrutar de sus últimas horas y sin saber cómo, pese a las numerosas investigaciones emprendidas, todos ellos se iban al otro mundo con una sonrisa en la boca y un libro en las manos. Novelas, relatos, poemas, tratados de filosofía u obras de teatro, que a mitad de su lectura mostraban una peculiar página en blanco. Y todos los intentos de desentrañar el misterio habían topado con el mismo final: la muerte sin remisión de los agentes encargados del caso.

Una era la escena habitual que se desarrollaba en el interior de la primorosa librería, decorada con un gusto muy refinado y siempre al día de las últimas novedades publicadas. Desde el exterior, podía contemplarse una larga fila de clientes, todos ellos caracterizados por una triste mirada y una lánguida pose. En el mostrador una figura oscura, con una elegante capa negra y sin mostrar jamás sus facciones, atendía con parsimonia a los compradores.

—Dígame, caballero, ¿qué desea?

Tras averiguar pacientemente los gustos literarios del mencionado caballero, los libros que había leído, los autores predilectos o su conocimiento sobre las últimas corrientes artísticas, la misteriosa tendera siempre le encontraba el título perfecto. Desde Homero, Cervantes, Shakespeare, Milton o Flaubert, todos los clásicos y contemporáneos eran recibidos por los lectores con un gesto de complacencia, seguros de estar recibiendo la lectura adecuada para sus últimas horas, acompañada de unas breves instrucciones.

—Acuérdese de estar en un lugar que le agrade, relajado, tranquilo, leyendo su libro, y del resto olvídense, déjese llevar. Pero fíjese bien en la hora, por favor, debe estar en plena lectura a las tres en punto de la tarde.

Y así era, tal como ella lo había prometido. Por eso, Aberdeen se transformó en un sitio perfecto para morir y los cadáveres aparecían en los rincones más bellos o pintorescos: parques, iglesias, plazas, miradores, alamedas, jardines o bosques. Siempre con la misma sonrisa beatífica, siempre con un libro abierto, siempre con la página en blanco que no debía estar allí.

Finalmente, ante la imposibilidad de solucionar el quebradero de cabeza y las numerosas bajas entre las fuerzas de seguridad, el consejo de la ciudad celebró una reunión de urgencia.

—Es imposible de frenar, debemos resignarnos —concluyó el espigado alcalde, tras horas de vanas elucubraciones. Sus prominentes palas le dotaban de un curioso aspecto de astuto roedor. Estaba claramente desbordado por la situación.

En ese momento, el concejal de turismo tuvo una iluminación. En sus brillantes ojos y sus nerviosos ademanes se notaba que había dado con la clave de la solución. Tras un largo circunloquio y la llamada a la concreción de su superior, el brioso concejal formuló su audaz propuesta.

—Si no podemos con el enemigo, unámonos a él. Imagino anuncios en los periódicos, carteles, noticias, siempre con el mismo mensaje: «Venga a Aberdeen. El lugar más bello para su último suspiro».

Tras unos larguísimos segundos de estupefacción, donde varios asistentes miraban al osado sin comprender, el alcalde concibió idéntico brillo en sus ojillos de rata.

—¡Perfecto! ¡Maravilloso! ¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes? —exclamó alborozado.

Y allí, en ese momento, la ciudad se convirtió, hasta nuestros días, en el destino turístico predilecto de Escocia.

EL OMBLIGO DEL MUNDO

Inmaculada Reina

La televisión apagada me mira amenazante. Le callé la boca. He pulsado ansiosa el botón del mando, como cuando de madrugada, haciendo zapping, irrumpe inesperadamente una película de terror. Pero el peligro sigue desarrollándose dentro, detrás del cristal. Suerte de la hora que es y estoy sola en casa. Cuesta reponerse de lo imprevisible. En mitad de las noticias de mediodía una información de ese tipo es peligrosa; a esa hora cualquiera está viendo la tele y esperamos noticias reales. Abstraída en el filete y la ensalada comencé a escuchar algo que me resultó conocido: «En los sótanos de la vieja abadía de la ciudad de Perth, en Escocia, ha aparecido un almacén de libros manuscritos del siglo XII con una extraña peculiaridad: todos ellos contienen una página en blanco que rompe la continuidad del texto en un lugar indeterminado del tomo. Una vieja leyenda del lugar cuenta...». Se me aceleró el corazón y apagué. Así que finalmente no se trataba solo de una treta de mamá para hacernos dormir la siesta. ¿Cómo podría ella haber inventado algo así de la nada?

Perth. Mi madre habló de un lugar de Escocia, nunca dijo su nombre. Yo busque en un atlas el mapa de Gran Bretaña y localicé la frontera. Tapándome los ojos moví un dedo sobre el territorio escocés que fue a parar justo encima de Perth, una ciudad rodeada por dos ríos el Forth y el Tay. Lo leí todo sobre Perth. Ese era el lugar, lo supe al instante y los datos me daban la razón: la llamaban *The fair town*, *La ciudad hermosa*, un nombre que me atemorizó durante mucho tiempo, tal vez había degenerado de otro más acorde con la leyenda, *The fairy town*, una ciudad de hadas, una ciudad encantada; había existido desde los tiempos más remotos de la historia, allí se coronaban los reyes y aunque nunca fue la capital oficial del reino, desde ella se decidió el destino del país en muchas ocasiones. Pero ni una sola línea de una sola enciclopedia hablaba de los libros con la página en blanco; entre sus actividades jamás apareció la edición o comercio de libros. Y sin embargo, aquí están estos libros medievales escondidos en el sótano de una vieja abadía, para confirmar mi intuición.

El corazón me palpita cada vez más fuerte. Los recuerdos van cayendo arrastrados unos por otros. «¿No te da miedo la maldición?» me amenazaba mamá cuando me veía con un libro entre las manos. «Se te van a secar los sesos de tanto leer». Yo le mostraba triunfante un libro de texto, editorial Anaya, no había ninguna sospecha sobre el origen escocés de la edición. Así me aficioné a la geografía, a la historia sagrada, a la gramática, en las interminables horas de después de comer, tumbada en bragas sobre la colcha de verano de mi cama, mientras mis hermanos, en calzoncillos, daban saltos sobre las suyas. Hasta que entraba mamá gritando «Ni calvo ni con tres pelucas, ya está bueno lo bueno. Para ya de leer, levántate y haz algo de provecho», mientras mis hermanos se reían de mí al tiempo que se calzaban las chanclas. Sólo papá me entendía. Él era como yo. «

¿Quieres dejar de traerle libros a la niña? ¿No ves que tiene la imaginación calenturienta como tú?», le reprochaba mamá. Yo revisaba el libro por fuera y por dentro en busca de algún indicio de peligro: si había alguna palabra en inglés, si la primera edición no era española o si algunas páginas no habían sido guillotizadas y no podía verse si estaban en blanco. El miedo a morir era superior al deseo de leer, por lo que sólo después de cumplir con esa rutina era capaz de hacerlo. Y no solo le temía a los libros a la hora de la maldición, las tres de la tarde, también a sus múltiplos; estaban vedadas las seis de la tarde y la mañana, las nueve del día y la noche y también las doce. Acabé por convencerme de que a cualquier hora que me hubiese alcanzado aquella página en blanco, me habría fulminado.

Como ahora. Es como si la noticia me estuviera destinada. Me noto el pulso en las sienes y el corazón acelerado. Ahora que por fin creía haber dejado de parecerme a papá, haberme librado de los rituales, de las comprobaciones y de los cálculos. Me convencí de que yo no era como él, yo no hacía caso de lo que cualquiera me dijese, no le temía a las tijeras abiertas, ni a la sal derramada en la mesa, ni a tantas otras cosas que a él le obsesionaban. No le temía al gato negro de la vecina cuando me lo encontraba en la escalera o en el descansillo, al contrario, yo le miraba directamente a los ojos, dos ojos verdes y grandes como dos esmeraldas falsas, y sentía que me estaba dando la absolución, como el obispo cuando fue a confirmarnos al colegio, con su anillo con la piedra gorda que besamos después de confesarnos. No era supersticiosa como él, le tenía miedo a cosas que solo estaban en mi cabeza. Iba en el autobús y sumaba las matrículas de los coches que paraban delante en los semáforos y si sumaban trece, necesitaba ver antes de que acabara el trayecto una que fuera capicúa o cinco seguidas acabadas en cinco. Si no había suerte tenía que recorrer de nuevo el camino inverso sin encontrar ningún vehículo de color naranja. No podía ir a un examen sin ponerme calcetines desmancados: uno a rayas y otro liso, uno del derecho y otro del revés, uno mío y otro de mi hermano. Todo lo que hacía respondía a un ritual y era cansado, agotador.

De pensar en volver a todo aquello, siento que no respiro bien. Un día no pude salir de la cama, entendí que cualquier cosa que hiciese iba a acabar conmigo, solo debía estar quieta y esperar. La crisis nerviosa me costó un curso en la facultad. Mi hermano mayor se reía de mí «No eres el ombligo del mundo ¿De verdad piensas que todo lo que ocurre en la realidad tiene algo que ver contigo? Aterrizas de una vez». Para él resultaba fácil, él no era como papá. Salí gracias a mamá que me enseñó a vivir de nuevo a su manera, después de jurarme con los dedos cruzados primero sobre los labios y luego sobre el corazón que la maldición no existía, que la había inventado para que durmiéramos la siesta y porque temía justo lo que me estaba pasando, que me volviera loca de tanto leer, porque yo tenía mucha imaginación, como papá, pero no, yo no era como él. Si todo aquello lo había creado yo, yo misma lo destruí.

Ahora necesito calmarme, el corazón me va a estallar. Me santiguo tres veces, contando del uno al tres en cada punto de la cruz

y le doy la espalda a la televisión. Si llego al cuarto de baño sin ver nada de color azul y consigo mojarme las muñecas, me tranquilizaré.

Sisinio_Hernán_

El terror de la página en blanco

Estaban en una clínica de Glasgow, -Julián el amigo de Laura- no resistió la prueba. Había empezado a leer el libro una hora antes y seguía atrapado por la historia, pero cuando dieron las tres, tenía precisamente entre los dedos una página en blanco. Sintió como si se le abriera un vacío y se le saltaron las lágrimas. Dijo más tarde que le sobrevino la imagen del día en que lo obligaron a ponerse la pistola sobre la sien, para que jugara a la ruleta rusa -dijo y rompió en un llanto amargo.

Había un trauma allí quizá no superado. -dijo más tarde Raúl.

Habían llegado el día anterior a Glasgow y habían ido a la biblioteca en busca de ese libro misterioso. Una fuerte sensación que quería experimentar y que él mismo se había impuesto. Dijo que quería experimentarlo en Escocia. La atracción del terror de la página en blanco a las tres de la tarde era tan fuerte como un sustituto al juego de la ruleta.

-No te preocupes si encuentras ese libro lograremos eliminar esa patraña de la página en blanco. Son artificios de ciertas sectas religiosas antiguas que atemorizaban y creaban el miedo en la gente del pueblo. Leer era cosa de los nobles caballeros, no de gente plebeya. Afirmaba Julián.

- No lo creo.

- ¿Apostamos?

Laura se quedó pensativa con la idea del misterio. Su profesor de lengua y civilizaciones seguramente quería crearles curiosidad o algo así. Ella faltó al colegio y se perdió esa clase. Llamó a Katy para preguntarle y se enteró de lo que tenían que hacer en vacaciones: escribir sobre “el terror de la página en blanco”.

-Debería estar prohibido dejar tareas para las vacaciones –pensó-.

No hacía mucho que se conocían con Julián. Era un chico que acababa de regresar de la mili y hacía gala de las pruebas que había superado durante su permanencia en África. “Con trampas y sin trampas” pero las superé –decía sacando pecho-. Y las que le impusieron los oficiales ¡Jo! Algunos son muy bestias –¿sabes?

-¿Qué tal si nos vamos en vacaciones... Ahora que termina el semestre, a Escocia, a ese pueblito donde imprimen los libros blancos. –dijo tímidamente Julián-

-Ya te dije, libros con una página en blanco.

-Ah, perdón, con una página, claro.

-Yastá, llamo a Carmen, mi prima. Ella está en Londres, quizá tiene ganas de hacer ese viaje. Ella es traductora ¿no? Ella sabe o debe saber de esas cosas. Le va a gustar la idea. te aseguro.

Llegar a Escocia, qué fascinante: el verde de los campos, la garúa, los bosques de neblina espesa, el lago de *Nessie*, las casas perdidas, paisajes sin un alma y de pronto isas! un caballero fantasma...o el *Nessi*, que sale de ese lago y te dice: cu, cu. ¡Como en las películas!

- Carmen, es que se trata de una tarea de Laura. Se lo han pedido en la escuela, que averigüe los pormenores de ese libro.

-¿Que no existe en las librerías de Londres? Bueno, por eso quizá es más interesante. Haznos el favor, pregunta por ese pueblo de Escocia, por favor...

-Pero hay que ser un idiota para creerse lo que algunos inventan. Parece que está obsesionado con la muerte, con la superstición, con la magia, este Julián.

-Por qué no lo mandas de paseo ya. No te deja tranquila con sus llamadas.

-Déja, ya está bien.

-Pero si yo tengo libros con páginas en negro y en blanco. No necesitaban irse por eso a Escocia.

Si quieren, llévenselos y me dicen qué les pasa cuando a la hora fatídica las abren.

Miren, aquí los tengo: Este es de Cabrera Infante y este otro, un diccionario, con una página en blanco para matarlos al autor y a su editor. Aquí los tienen.

No tenían que irse tan lejos -dijo Raúl.

-Bueno, vámonos a pasear, a tomar y ver algo que los haga olvidar el mal rato. A propósito ahora por la noche hay una fiesta con un grupo del Caribe muy bueno. Anímense, quédense un día más hasta que se les pase la mala racha.

-Por lo menos sabemos ahora quién inventó la página asesina de Glasgow. Pueden considerarse los pioneros del turismo.

-Cuando vuelvan al colegio no olviden de preguntarle a ese profesor quién fue el inventor de los San Fermínes -añadió Laura- haciendo adiós en Heathrow.

LADY ASHTON

Max Chirinos

Una vez que culminaron las quince ensordecedoras campanadas de aquel imponente pero puntual cucú recién pudo distinguirse la incesante y ansiosa llamada telefónica de Mary Ann Ashton.

Pero la pétrea e impotente mansión tuvo que ignorar la llamada. Un avejentado y cabizbajo Lord Henry Watmough se había visto forzado a despedir a la leal servidumbre un año antes. La inclemente depresión financiera no respetó sus abolengos ni menos aún sus deficitarios y mal administrados negocios londinenses. Lo único que él pudo salvar fue la sobria mansión en Edimburgo, donde se resignó a pasar el resto de su vida.

Era en la biblioteca de cedro y caoba donde más indiferencia se dispensaba al desesperado e interminable "rin-rin" de Mary Ann. Sobre la mesa de apoyo del sofá de cuero un paciente cigarro terminaba de consumirse y el escaso brandy observaba quieto el cuerpo de Lord Watmough desparramado en el suelo. Yacía sobre la verde alfombra con los amarillentos ojos más abiertos que de costumbre, clavados en el incesante y sonoro teléfono colgado en la pared contigua a la entrada al recinto. Un hilo de sangre pendía de su sorprendida boca inundando vengativamente la página blanca del libro que amortiguó la caída de su pasmado rostro.

Le había extrañado sobremanera que ese succulento libro se lo haya obsequiado el día anterior Mary Ann. Henry, por enésima vez, a mi ya se me acabó el dinero, tu deber es vender la casa de Edimburgo, hace diez meses que dejaste de enviarme la pensión que pactamos por el divorcio, estoy desesperada... Lord Watmough finalmente decidió no telefonarla para agradecerle por el inesperado presente cuyo motivo lo tenía contrariado. Quedó inmediatamente enganchado a la deliciosa lectura aprestándose a devorar las páginas de ese interesantísimo volumen.

Mary Ann había recibido el peor golpe que puede asestársele a alguien de su clase: quedarse sin dinero. ¿Y ahora qué dirán de mí? ¡Papá, maldigo la hora en que me casaste con Henry James Watmough III... Si mamá no hubiese delatado lo que yo sentía por Charles Bygrave! Ahora estoy totalmente arruinada: sin casa, sin servidumbre, sin poder alternar socialmente, sin poder pagar un abogado decente. ¿Vivir en Escocia con mi ex esposo? ¡Jamás! Definitivamente, itodo esto es humillante! Después de repensar y meditar sobre su suerte durante prolongadas noche de insomnio, dando un salto recordó aquella brillante póliza de seguro que Henry tomó a penas se casaron. Para que si algo me llegara a ocurrir, tú

estés bien. No seas tonto querido, nunca te va a pasar nada. Además, para qué quiero yo diez millones de libras si tenemos muchísimas más...

Pero ahora sólo les quedaba esa mansioncita en Escocia y el testarudo de Henry se oponía a venderla aún cuando ella estaba al borde de la miseria. Más tiempo para buscar la salida a este bache económico, era lo único que podía reiterarle una y otra vez para seguir dilatando el continuo reclamo. Probablemente esperaba que ella ligase con alguien más y se anulara su obligación alimenticia y así lo dejara vivir en paz el resto de su vida en Edimburgo.

Sin embargo, a ella el tiempo se le agotó. Esa mañana cogió las últimas trescientas libras esterlinas y voló a primera hora a Edimburgo. Cincuenta libras para ir y venir, cuarenta para un motel y diez para viáticos de dos días, más no pienso quedarme. Con eso me restan doscientas libras para el trabajo, calculó fríamente... Del aeropuerto se dirigió al barrio de Killey, cerca al puerto Scarmouth, donde era públicamente conocido que habitaban los delincuentes más temidos de Edimburgo. Allí, ingresó a los bares del peligrosamente célebre callejón Seven Stabs, en busca de algún sicario que pudiese hacer el trabajo, pero a cambio recibió borrachas risotadas pues por esa suma no se dignarían matar ni a un perro callejero.

Salió sollozando impotente y ofendida, pero un fuerte brazo la alcanzó. Señora, no se asuste, cálmese, es usted muy valiente y yo tengo exactamente lo que usted necesita. En media hora vaya a la librería que está entre Cromwell y Wallace, pregunte por Dip Throat, arréglese con él.

Fiel a su esmerada educación, puntualmente entró en la antiquísima librería, la puerta chirrió tan fuerte que la campanita que colgaba detrás se escuchó inútil. Los empolvados libros recargaban la laberíntica sala, desde el suelo hasta el techo. Un enorme y enigmático sujeto se le acercó. Mientras se acariciaba la melnuda barba grisácea le habló, sé quién es usted y a qué viene... déme el dinero y este libro será entregado a Lord Watmough de parte suya. Mary Ann no alcanzó a responder, sólo asintió con la cabeza mientras procesaba ese sorprendente episodio. Aspiró la penetrante humedad mientras repasaba el nebuloso ambiente y el enorme y negro abrigo ovejero de quien definitivamente era Dip Throat. Sólo alguien con ese cicatrizado rostro y sucios anteojos podría llamarse de esa manera. Señora, mañana a las tres de la tarde él morirá leyendo el relato más apasionante de su vida, así que no habrá nada de sufrimiento, a lo más se sorprenderá... Eso sí, al día siguiente usted debe traer de vuelta el ejemplar en perfecto estado o estará en graves problemas.

Al llegar al pulguiento motel se dio cuenta de lo torpe que había sido al regalar su último dinero de la manera más estúpida, sin garantía

alguna. Pero Mary Ann tenía el palpito de que probablemente no fue embaucada. Después de todo, a más tardar mañana por la tarde lo sabría, claro, antes telefonaría a Henry puntualmente a las tres, fiel a su esmerada educación...

LILIAN CAROLINA GODINEZ M.

...HASTA QUE OCURRE LA DESGRACIA

Como todos cada mañana Claudia se levanta, se ducha y sin decir nada acude a algunos de sus libros, luego cuenta la historia de su vida, la mismita siempre, pero a las 3 empieza a gritar pidiendo que la callen, que la callen. Una hora es suficiente para dejarla extenuada, duerme y vuelve a repetir la historia al día siguiente. Como no recordarla, después de cinco años trabajando allí, lidiando con sus tormentas, con sus infiernos, divagando cada una en su mundo.

Llegó al lugar cargada de miles de dudas, buscando descripciones y supuestos testimonios de quienes afirmaban la demencial historia de los libros de Dumfries.

Era un viernes por la tarde, una suave lluvia hacía que la gente corriera, abriera sus paraguas y caminaran a paso vivo abrochando sus abrigos. La historia había recorrido medio mundo y muchos, como ella, llegaban a Dumfries esperando encontrar una crónica que pudiera diluirse en cinco o seis episodios y garantizar la venta máxima para varios días más del matutino donde trabajaba. Mientras desempacaba, no podía dejar de estar pendiente de la hora, —a las 8 en punto, en Dumfries somos puntuales. La señora McCallister se escuchaba una mujer determinada, Claudia debía salir temprano y estar mejor antes que después.

A las 7 en punto salió del hotel como alma en pena, tratando de encontrar un servicio móvil que la llevara a aquella dirección. Quizá era de suponer que su destino esa fría noche sería un lugar solitario en las afueras de la ciudad, y aún mas, que el chofer se condujera tan lacónico en sus respuestas, total de eso se trataba la historia. Una pintoresca casita, con luces tenues en su jardín pudo observar, mientras el vehículo bajaba al valle y se insertaba en sus dominios. Toda una historia pensó, el conductor aparte de su pago no esperó ni las gracias, ensimismada en el propósito de la visita bajó para asomarse a su ventanilla y pedirle que volviera en dos horas, pero inmediatamente cerró la portezuela partió. Se sintió sola, abandonada en medio de la noche oscura y fría, esta sensación la aventó hasta el pasillo, sus manos tuidas sintieron esa puerta de madera como un metal pesado, ni una piedra hubiera hecho resonar tan rígida estructura. Buscó un botón semejante a un timbre pero nada, y entonces vio el reloj, 7:54, debía encontrar una manera de hacerse notar, pero no encontraba cómo; 7:55 sabía que debía hacer algo, quizá gritar, no, las ventanas, pero nevadas, frías y rígidas igual,

parecía encontrarse ante una fortaleza disfrazada de casita de cuento mágico de los legendarios lugares escoceses. Tantas veces en sus atormentados pasos había sentido una rama que pendía y sobaba su frente o cabeza, cuando reparó, era un cordel; 7:57 sin pensarlo mas tiró de la cuerda, una campana con sonido grave y suficiente para escucharse a varios metros a la redonda por fin hizo resaltar su presencia.

Una expresión de, ¡vaya puntualidad!, pudo distinguir en su rostro. Vio como la mujer se acomodaba en su butaca, sus pies se mecían como queriendo agitar su cuerpo, sus lapsos sin hablar eran inquietantes, y Claudia discretamente rebotaba sus dedos en la taza de te que le había ofrecido.

—Supongo que ahora podemos hablar de lo ocurrido, le dijo.
—Supone bien, contestó.

La señora McCallister era una mujer de mediana edad, quizá unos 55 años, pero inició su relato con una aseveración que hizo desfilan los poros de Claudia de pies a cabeza.

—Los libros de Dumfries están malditos, su voz se había reseado, parecía una vieja de 80, la gente comenta de las muertes, pero nadie sabe el verdadero secreto. Nadie sabe cómo ni porqué.

—Mmm, ¿a qué secreto se refiere?

—Había leído el libro muchas veces, solía leérselo a William, desde pequeño; y muchas veces la vi, sí la vi, pero nunca puse atención. Dicen que son enigmáticos, que enganchan y cautivan, que no puede uno dejar de leerlos. Nuevamente con la voz reseca, los ojos bailando como desquiciada se asomó a su oído y dijo: —ponga atención en esto, el secreto es leerlos muchas veces hasta que ocurre la desgracia, oyó, hasta que ocurre la desgracia.

—¿A quién vio, a qué se refiere? ¿alguna imagen, alguna fotografía?

—No, no, no, me estoy refiriendo a la página el blanco, sí a la página... bueno deberá ser diferente en cada libro, en el mío era la página 25. La vi, y la pase muchas veces, leíamos el libro, pasábamos la hoja, pero nunca ocurrió nada, hasta aquella tarde. William vino del colegio, apenas tenía 6, corrió al cajón, sacó el libro corrió a acomodarse a su sillón favorito y se puso a leer. Esa tarde ocurrió el accidente.

—¿Que tiene que ver la página en blanco?

—La página en blanco tiene que ver con todo. William dejó abierto el libro en esa página.

Un nuevo silencio se produjo, pero no quería indagar más, le parecía una historia tonta producto de la enferma mente de una mujer sumergida en el dolor. Con la idea de despedirse, Claudia se incorporó para colocar la taza en la mesita de centro, cuando nuevamente la voz reseca susurró en sus oídos.

—A las 3 de la tarde, no lea el libro a las 3 de la tarde, solo no lo haga, no lo haga.

Incrédula Claudia abandonó Dumfries la tarde siguiente, no sin antes asistir a la mencionada venta de libros y percatarse que efectivamente todos los que pudo hojear tenían una página en blanco. Esto era un buen dato para sacarle el mayor provecho a la visita, y adornar la historia. De una cosa sí estuvo de acuerdo con la señora McCallister, los libros eran enganchadores, una hojeada y casi se le prendían, entonces porque no adquirir alguno que la hiciera pasar un rato agradable.

Mis mejores años fue un libro que Claudia devoró en un santiamén y hubo de prestar a todo el que quiso gracias a haberle hecho tanta fama de enganchador. Después de dos años, el episodio de Dumfries estaba cerrado.

La mañana del 10 de enero, el teléfono sonó insistentemente. Con la toalla en manos envolviendo su cuerpo corrió a recibir la llamada que parecía urgente.

—Natalia ha muerto

—¿Cómo?

Quien le hablaba del otro lado debió haber dado datos como: de un ataque al corazón, hoy a las 3 de la tarde. La noticia le cayó como una piedra inmensa en la cabeza que la tiró al sillón mientras ideas cruzadas atravesaban su mente; a los 40, deportista empedernida, lectora, ¿lectora?, último libro que leía; *Mis mejores años*.

Dicen que las voces de la vieja la atormentan. Todos los días a las 3 de la tarde corre por los pasillos sin dejar de gritar.

El secreto es leerlo muchas veces hasta que ocurre la desgracia, hasta que ocurre la desgracia, hasta que ocurre la desgracia....

—Deje de atormentarme, hasta que ocurre la desgracia, que se calle le digo, la desgracia, la desgracia.

—Cállese, cállese,

—Por favor que la callen,

No lea a las 3 de la tarde, hasta que ocurre la desgracia, cállenla, cállenla.

TEORÍA

ADÁN DOBLESCUDO

Según la teoría de Rellys, cuando para que ocurra un suceso deben darse tres circunstancias extremadamente poco probables (menos de un 0,1% para cada una), dicho suceso es lo que se conoce como un *imposible técnico*. Este es el punto de partida de toda la escuela creacionista, que considera *imposible técnicamente* el hecho de que la vida surgiera en un planeta cualquiera del universo (en este caso, de hecho, confluyen innumerables casualidades, y no sólo tres).

Probar que un imposible técnico puede producirse demostraría que la vida en la Tierra pudo surgir de la nada, es decir, que no existe una omnipotente entidad capaz de proporcionar esa luz animada sobre la inmensa quietud de los minerales, las explosiones y los gases asfixiantes.

Mayr Tschovereva, conocida por ser la más enfervorecida defensora de la teoría de Rellys, pasó gran parte de su tiempo recorriendo las universidades de medio mundo dando conferencias para difundirla. Era mi madre. Cuando murió, era una señora cercana a los sesenta, muy hogareña por otro lado, pero que había sido poco cariñosa conmigo, con mi padre o con nuestro perro. De ella conservo dos ojos azules y una pasión abnegada por la filosofía de las matemáticas.

Ella diseñó el experimento del que habla Cortázar en su relato, que no es, como pudiera pensarse, un cúmulo de caprichos enlazados con un final improbable, sino una retahíla de sucesos poco probables rematados por un imposible técnico. Cortázar lo adoptó como suyo después de que una publicación accidentada del mismo le obligara a admitir su paternidad, aunque le hubiera gustado no tener que hacerlo, ya que nunca pudo dar una explicación satisfactoria sobre su significado, puesto que él mismo no lo comprendía en realidad. Mi madre, movida por esa vigorosa iniciativa que surge de los retos autoimpuestos, había sido capaz de algo semejante.

Y no estaba loca. Bajo ningún concepto admitiría esa afirmación y podría golpear a cualquiera que insinuara algo parecido. No estaba loca, pero se comprometió tanto en sus afirmaciones que llegó a pensar, supongo, que no tenía otra salida. Toda una vida construyendo tus creencias sobre hipótesis puede resultar aniquilador de la propia personalidad y ella decidió liberarse, actuar, tomar las riendas. ¿Quién puede culparla por ello?

Junto con sus colegas de la Universidad de San Petersburgo definió el problema de forma concisa y antiséptica. Utilizando la ayuda de una de las redes neuronales más potentes del mundo, en aquel momento, situada en Berkely, establecieron los elementos que

conformarían el problema: un lugar, un momento y un objeto, unidos por dos acciones. En un paso posterior, que en el tiempo se extendió varios años, definieron cuáles serían cada uno de esos ingredientes, para lo que obligadamente debían recurrir al azar. Gracias a la participación de miles de estudiantes, que participaron en series interminables de ejercicios, obtuvieron los siguientes resultados: Durness, el comienzo de la tarde, un libro, morir y llegar.

Son millones las posibles formas de trazar las líneas que conecten estos cinco elementos describiendo siempre un suceso global del que se pueda evaluar su probabilidad de constituirse en un hecho. Mi madre había conocido a un editor argentino y a través de él contactó con Julio Cortázar. Para ella este escritor era el paradigma de la potencia de la imaginación humana, lo que suponía una afirmación demasiado generosa según mi opinión. De todas formas la discusión sobre la capacidad creadora de Cortázar queda lejos de tener interés para la historia que les estoy relatando. Lo que realmente resulta relevante es que él se iba a prestar a ser quien hilvanase los elementos sueltos en un collar único y sin fisuras. Resultaba vital para el éxito del experimento la concisión en la descripción. En sólo dos años, mi madre contaba ya con el destilado relato de Cortázar, que había cumplido su cometido con una perfección y una discreción impecables. Una secretaria avispada y el editor de una revista literaria uruguaya pusieron en conocimiento de todo el mundo la breve historia.

Ahora, una vez el experimento está definido, sólo nos queda esperar a que el suceso ocurra. Yo soy sólo la primera generación de lo que han dado en llamar "relevistas" y tengo la misión de vigilar extrañas muertes sucedidas a las tres de la tarde mientras un lector cualquiera hojeaba un libro adquirido en una librería de un pequeño pueblo de Escocia y, en ese preciso momento, se encuentra con una página en blanco en medio del volumen. Tengo que hacer esto hasta el año 2012, momento en el que me sucederá otra persona (ya designada). Estoy algo aburrida,... casi preferiría creer que Dios existe, pero no quisiera disgustar a mamá.

